Dr. Miguel Galindo.

LA RAZON DE LA SIN RAZON.

Estudio Médico-psicológico de la Locura en D. Quijote.

1918.

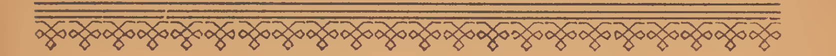
TALLERES DE IMPRENTA, ENCUADERNACION Y RAYADOS.-DEGOLLADO 74.
COLIMA.



Para Alfredo Levy.

Otro Quijote del bien que, como el de Cervantes, será a cada paso apaleado por la perversidad humana, dedica fraternalmente este trabajo su hermano de corazón y de quijotismos.

M. Galindo.



INDICE

Capítulos.		Páginas.
I.	La razón de la sin razón	9
II.	La locura	14
III.	Las denominaciones	20
IV.	Las clasificaciones	30
V.	Leyes psico-patológicas.Centros nerviosos	35
VI.	La locura y la histeria	46
VII.	La gerarquía del delirio	57
VIII.	La Etiología	67
IX.	El cambio de nombres	75
X.	La megalomanía	79
XI.	Las intermitencias	91
XII.	Las ilusiones	101
XIII.	Las extravagancias	103
VIX.	Los encantamientos	106
XV.	La erotomanía	108



La Razón de la sin Razón.

I

Una de las cualidades que los críticos exigen en las obras literarias, es que tengan verdad. La verdad, en Literatura, puede ser de dos clases: la absoluta y la relativa. La primera se exige sólo en las obras científicas; la relativa, que también se llama verdad poética o probabilidad, es la que deben tener las obras destinadas a la manifestación de la belleza o del sentimiento, aquellas obras cuyo objeto es divertir. La verdad relativa nunca puede faltar en las obras, por fantásticas que sean, si es que quieren vivir largo tiempo. La falta de esa verdad fué la enfermedad de que adolecieron las obras de caballerías, dejándolas en un estado tal, que un lanzazo de nuestro buen caballero D. Quijote bastó para hacerlas caer heridas de muerte. Es que les faltaba la savia vivificante de la verdad, y si pudieron vivir entre sus contemporáneos, fué su efímera vida obra de la casualidad y del mal gusto de la época; pero las obras que han vivido en la realidad de las cosas, las que tienen en su base la verdad, vivirán eternamente.

La crítica, que es implacable, que todo lo desmenuza y analiza, destruye las más brillantes aureolas for-

madas al rededor de las obras que no se fundan en la verdad. Los tipos que los poetas, novelistas o dramaturgos mueven en sus obras, deben corresponder a la realidad. Aun cuando no hayan sido reales, deben estar en aptitud de serlo, si hubiera algún famoso encantador que les infundiera el soplo de la vida. No viven para siempre las obras cuyos heroes son imposibles, e importa poco que el autor haya tenido en su época los mayores prestigios. En cambio, vivirán eternamente aquellas que tienen un fondo de verdad, aun cuando sus contemporáneos no las hayan apreciado. Así pasa con la obra inmortal de Cervantes; crece su fama a medida que el tiempo avanza. Su heroe, un loco de quien poco se cuidaron en su tiempo, crece y se agiganta a medida que transcurren los años, y éstos, que todo lo destruyen, faltan a su regla tratándose de Cervantes.

Puede decirse que su fama se debe al simbolismo. Puede decirse también que, como se trata de un loco, la Crítica acepta dentro de la verdad poética todos los disparates. Pero he aquí que si la Crítica llama a la Ciencia en su ayuda, la Ciencia viene a decir que Cervantes estuvo tan acertado en la descripción clínica del loco, como lo estuvo en el simbolismo, si es que quiso que su obra fuera el símbolo, la parábola que representara las vicisitudes y locuras de un pueblo, o de todos los pueblos, o sus personales y nobles aspiraciones en lucha tremenda con las desgracias de su propia vida, tan llena de angustias y de dolores.

Yo quiero demostrar ese acierto del inmortal soldado de D. Juan de Austria; quiero hacer ver, con la claridad que sea posible a mis cortos alcances, como ante la Medicina y ante la Psicología contemporáneas, el loco descrito por Cervantes pudo existir en la realidad; no necesitamos concederle que, por estar loco, no esté al alcance de todos el descubrir sus contradiccio-

nes, no. Parece que Cervantes había observado varios locos, y su talento de artista pudo retratar los tipos que creyó a propósito para sus fines, con toda la precisión de una cámara fotográfica. Su verosimilitud es tal, que se puede dar el diagnóstico del mal padecido por D. Quijote, como si fuera un loco de verdad, uno de los muchos que se encuentran en el mundo, caballeros andantes de las ideas más extraviadas, apóstoles de imposibles, predicadores de quimeras, que debieran estar en los manicomios, pero que, por sus apariencias de razón, andan por el mundo ya no enderezando entuertos, sino entuertando a los derechos, como tantas veces hizo el Caballero de la Mancha, o cayendo apaleados como él, y que no van a un asilo, porque, como decía una vieja inscripción en la casa del Nuncio de Toledo:

Ni están todos los que son
Ni son todos los que están.

D. Quijote resiste a los análisis más escrupulosos de la Crítica y todos han confirmado su mérito trascendental y soberano. No digo que hayan faltado juicios adversos: cualidad es de toda grandeza el despertar envidias, provocar odios y suscitar discusiones a veces insultantes y violentas. Pero tres siglos de comentarios y de análisis, no han hecho sino aumentar más y más la magnitud de la obra admirable.

Otras obras, a pesar del ruidoso éxito obtenido a su aparición y de los elogios mayores de la Crítica contemporánea, no han podido, ya no digo crecer, pero ni siquiera sostenerse en el lugar elevado a que llegara en sus días de grandeza. Algunas descienden rápidamente al más profundo olvido; otras descienden poco a poco con la magestad de un sol de Estío que, al sepultarse en la nocturna sombra, lanza aún fulguraciones de cre-

púsculos con celajes de brillos melancólicos. Sea, por ejemplo, la obra tan admirada de Victor Hugo: "Los Miserables". Muy pocas generaciones han pasado saboreando sus magistrales descripciones y sus geniales artículos, que forman un ramillete de hermosas, pero variadas flores, halagadoras del odio popular al gendarme y a la cárcel, y ya los críticos nos señalan las falsedades que hacen de esa obra un todo formado de fragmentos brillantes, pero disparatado e inverosímil en el fondo. Jurídicamente, dicen, no hay pueblo tan salvaje, y menos lo sería el francés, que imponga tan duro castigo, ni mucho menos, como el impuesto a Juan Valjean, por el robo de un pedazo de pan porque tenía hambre. Eso no pudo ni puede ser. Y el que tan injusta condena sufre, trata de evadirla cuando le falta relativamente poco para terminarla, lo que origina una nueva condena, que nuevamente el presidiario trata de burlar cuando está para terminar, y así sucesivamente, dando por resultado la permanencia de Valjean en la prisión diecinueve años. Lo natural es que la evasión se procurara al empezar la condena, y no después, y menos que se repita tanto la inútil tentativa. Por fín, Valjean sale de la cárcel tan pervertido, que no sólo no agradece los beneficios de Monseñor Bienvenido, sino que aun le roba un candelero de plata. Hasta aquí va bien el heroe de Hugo; los galeotes apedrearon a D. Quijote, y uno le robó el asno a Sancho, después del beneficio de la libertad. Pero el empedernido criminal, viciado en diecinueve años de prisión, aparece convertido en un santo bajo el nombre de "el Sr. Magdalena", y esto no es posible; esas transformaciones no se verifican en la naturaleza. Tan escrupuloso es el Sr. Magdalena que no puede permitir que sea juzgado otro en su lugar, y la lucha moral que sostiene consigo mismo queda descrita de manera admirable y genial en el ca-

pítulo titulado "Una tempestad bajo un cráneo". Pero el protagonista de ese capítulo no puede ser, como lo supone Hugo, el viejo presidiario, de personalidad amoldada desde su juventud en las perversiones de la criminalidad. El brillo de la obra se desluce con el tiempo.

Con la obra de Cervantes sucede lo contrario: más pulida aparece, mientras más se examina y se medita. Ensayaré, pues, el estudio de la verosimilitud del Quijote, desde el punto de vista médico-psicológico, analizando los variados aspectos que presentan la locura y las neurosis análogas, demostrándolas con ejemplos tomados de la Clínica, o del gran manicomio de la Historia.

II

Pocas palabras tienen un significado tan vago como la palabra *locura*. Es una de aquellas que todo el mundo entiende a su manera y nadie puede precisar, porque para todos varía su significación, según los casos en que se la emplea. Cuando se trata de la locura como una enfermedad mental, y se quiere en ella la mayor precisión, es decir, cuando se piensa en que signifique la enfermedad para que ha sido creada, se espera ver en la persona a quien se aplica, un enfermo delirante, desmelenado, con el vestido roto, casi una aera, o por lo menos una persona que no dice una palabra en su lugar, que no tiene lógica en ningún razonamiento, que va y viene en todos sentidos sin encontrar un punto fijo, ni tener hilación en sus ideas y en sus movimientos, es decir, se espera ver en el loco el período agudo de la locura general. Este es uno de los sentidos vulgares en que se emplea la palabra *locura*. Pero hay aun entre el vulgo otros matices de la citada p labra, y se emplea de buen grado para designar a las personas que presentan notables rarezas en sus opinion s y estravagancia en sus actos. A estas personas no se les juzga propiamente locas, y nadie se atrevería, como no fuera un médico, a declararlas como tales ante un tribunal, sino que se aplicaría el dictado como una

exageración, como una figura de lenguaje empleada para designar sus extravagancias.

Estas mismas vacilaciones vulgares se reflejan en la Clínica; pero en ésta la precisión se lleva a un grado digno de la Ciencia, y el médico puede afirmar la locura con toda certeza y, en la generalidad de los casos, aun cuando a la persona extravagante no se le recluya en un asilo. Mas hay ocasiones en que el mismo médico tiene necesidad de examinar detenidamente y por varios meses a la persona a quien se supone atacada del terrible mal, para poder dar un diagnóstico firme y seguro. Y es que la locura es loca en sus manifestaciones, presentando todos los matices habidos y por haber, al grado de no poderse aún poner de acuerdo los especialistas sobre lo que debe entenderse por locura o, mejor dicho, sobre los fenómenos observados en los examinados, para decidir con certeza si se trata de verdadera locura, o sólo de variaciones en el carácter de las personas sujetas al examen. De aquí provienen las diferentes teorías que se han dado para explicar la citada enfermedad, y, sobre todo, para determinar la responsabilidad de los actos criminales cometidos por los locos. Es la cuestión médico-legal la que ha hecho cavilar más a los especialistas. Algunos, siguiendo el criterio de la generalidad de los abogados, que entienden poco de estas cosas, pretenden que se debe contestar con claridad y precisión a esta pregunta: ¿Fulano está loco? Sí, o no. Otros no lo piensan así y dividen a los enfermos en grupos: los locos y los "semi-locos" (Grasset), y, por último, hay quienes piensen que todos estamos locos, unos más y otros menos, pero todos tenemos nuestra parte de locura. Yo participo de esta opinión. Para mí, "loco es aquel que en su manera de pensar, de sentir y de obrar, se diferencia notablemente del modo de pensar, sentir y obrar del grupo social

de que forma parte'', es decir, que la diferencia es de grado y no de naturaleza. No existe el tipo del hombre perfecto, porque ese tipo es un *ente de razón*, como diría un seminarista, un sér abstracto que sólo existe en la mente de las personas, pero que no tiene realidad fuera del pensamiento del que lo concibe, y, por lo tanto, habrá indefinido número de tipos cuya existencia real es absurda. Basta para comprobar esta verdad, el preguntar a varias personas cual es la idea que tienen de un hombre perfecto, y cada una de las interrogadas dará una descripción distinta, retratando el ideal que tenga en su mente, ideal que está formado con sus particulares aspiraciones y deseos, y con sus gustos especiales. Por otra parte, el hombre, como todos los seres, es en sus modalidades un producto del medio en que se desarrolla, y, por lo mismo, la existencia del tipo del hombre perfecto es imposible. Ese tipo, en sus rasgos generales, existe en la mentalidad de cada raza, de cada pueblo, de cada grupo social; pero en sus detalles varía hasta lo infinito dentro de ese mismo grupo, aun cuando haya un fondo común en el cual todos convienen. Mientras los detalles no se separan mucho del tipo ideal de la colectividad, el hombre es un sér normal, es cuerdo; entonces las diferencias de los detalles sirven sólo de matices que terminan su individualidad, su carácter personal. Cuando las diferencias aumentan el hombre se va separando del tipo general y, según sea la orientación que toma en su modo de pensar, de sentir y de obrar, va tomando diferentes calificativos: excéntrico, extravagante, maniaco, loco; aficionado, artista, genio del Arte; sabio y genio de la Ciencia; perverso, inmoral, cruel, criminal....... loco! En un caso, el individuo no revela en su manera de obrar, sentir y pensar, orientación determinada; en otros, esta orientación es marcada y tiene resultados benéficos para la

colectividad, y, finalmente, en los últimos el individuo es perjudicial a la colectividad, antisocial o criminal, y cuando obra sin separarse notablemente del grupo de que forma parte, pero revelando contradicción para consigo mismo, constituye el loco que todo el mundo se imagina, el que se tiene en los manicomios porque el estado orgánico de su *órgano pensador* está *manifiestamente* enfermo. Pero este caso no es el más frecuente, sino los otros, que son los que entretejidos de infinitas maneras, forman la trama de la Historia.

* * *

Se debe tener muy presente que dos elementos entran en juego, no sólo tratándose de la locura, sino también de la mentalidad y del carácter de los hombres y de los pueblos: el *órgano* y la *función*. Es decir, el cerebro y su manera de obrar, el sistema nervioso y su aptitud para reaccionar frente a las impresiones que recibe; el individuo y las influencias del medio en que vive.

El elemento orgánico debe sus cualidades a la herencia, que se puede llamar *normal*, cuando es la ordinaria en todos los individuos de cierta agrupación, raza o pueblo, no pudiendo considerarse el individuo aislado, porque faltaría el criterio que nos guía en la apreciación de la locura. Pero raza o pueblo, son formados por individuos que, a los elementos que han recibido por la herencia, agregan las influencias del medio en que viven, que son las que modelan el carácter de la colectividad y del individuo mismo. Mas cuando la herencia no es la ordinaria, sino que viene alterada profundamente, ya por enfermedades de los ascendientes,

o por vicios y malas costumbres de los mismos, el órgano tendrá que funcionar de manera extraordinaria, y el individuo aparecerá con carácter muy distinto del carácter general de los demás miembros que forman el grupo a que pertenecen: aparecerá el extravagante, excèntrico, maniaco. . . . loco, en una palabra. El carácter de una persona no es otra cosa que, "*la manera habitual con que reacciona a las impresiones del mundo exterior*". Es el resultado del temperamento o constitución del individuo, y de la educación. Entiendo por esta palabra *educación*, la multitud de sugestiones sociales que, convirtiendo poco a poco los actos voluntarios en actos reflejos, como dicen los fisiólogos, o en otros términos, los actos conscientes en inconscientes que forman los hábitos, usos y costumbres, y a fuerza de repetirse de generación en generación, van tomando carácter hereditario en muchos casos, y en otros se trasmiten por contagio mental o por imitación, por la persistencia de la sugestionabilidad cada vez más asegurada, puesto que cada vez se sensibilizan más los sistemas nerviosos por la influencia de las múltiples, variadas y reflejas sugestiones que en gran parte constituyen la vida civilizada. Se comprende cómo la educación, sea cual fuere, moral, científica, religiosa, etc., al tomar ésta o aquella orientación, vaya minando el carácter y transformándolo. Esas variadas sugestiones que constituyen elementos o factores de educación, obran de ordinario de la manera lenta ya indicada; pero a veces por circunstancias especiales, pueden obrar de manera brusca, sea por su acción intensamente aplicada, o por la brusca suspensión de esa acción después de haber obrado un cierto tiempo sobre el individuo, ocasionando un violento cambio del carácter, como sucedió a Cardenio. Esto se debe a las lesiones orgánicas del sistema nervioso, o a la modificación en las relaciones íntimas de

sus elementos que ya estaban adaptados para reobrar de cierto modo bajo la influencia del medio. Lo que resulta en el individuo de esa reacción violenta, puede ser la locura, la histeria, la criminalidad, etc.....Pero lo ordinario es que los ya citados elementos de la educación o del medio, apliquen su influencia sobre el hombre lentamente, y lentamente vayan formando su personalidad, su carácter, su especial mentalidad y el modo habitual de conducirse en la vida. Desde ahora debe tenerse presente esta influencia de los factores del medio exterior en la modelación del carácter personal, porque la fuerza de algunos es tal, que, dado el temperamento de una persona, puede hacer variar el curso ordinario de la vida. Tal sucede, por ejemplo, con la lectura, la cual ha transformado y transforma constantemente los caracteres, y fué la causa de la locura de D Quijote, como lo veremos más adelante.

III

Si la palabra *locura* presenta un sentido vago, imprecisable, a pesar de los adelantos actuales de la Ciencia y a pesar de que casi todas las modalidades de la enfermedad que con ella se designa se han analizado con admirable sagacidad, conociéndose sus causas y manera de producción, los diferentes aspectos que presentan los locos han sido también designados con palabras vagas que poco a poco han ido pasando del lenguaje de la Clínica al del vulgo. En la Ciencia se tienen ahora palabras precisas para muchos casos, pero no se desdeñan las denominaciones antiguas, cuya vaguedad es debida a la que presentan los síntomas de ese terrible y misterioso mal.

Lo que desde luego sorprendió a los observadores, fué el delirio; pero después se vió que no sólo a las facultades mentales podía alcanzar la enfermedad, sino también al sentimiento y al movimiento.

El delirio era, lo es todavía, con mucha frecuencia relativo solamente a *un asunto determinado*: en cada loco aparecían pensamientos lógicos, e ilógicos, pero en todos se descubría una idea fundamental, y de ahí que se tomara esta idea para designar el fenómeno capital que presentaba el enfermo, y luego esa designación pasó a ser el nombre de la forma de locura.

En algunas personas no aparecía otra cosa que una idea constantemente presente al entendimiento, como si tuera una *especie de clavo*, según la gráfica expresión del psiquiatra español D. José María Escuder (Locos y Anómalos), sin que por otra parte se presentaran más signos de enfermedad mental: A eso se llamó simplemente: *idea fija.*

Pero en muchos casos la idea fija no es sino el principio de la neuropatía, agregándose a ella después el sentimiento, de tal modo, que las personas se sienten molestadas por la idea fija que lleva consigo anhelos, angustias y temores, aun cuando se comprenda perfectamente que son infundados. Otras veces no es la impresión desagradable, sino que la idea fija se acompaña de verdadero optimismo que impele a su persecución, pero el enfermo siempre se da cuenta de que aquella no es real: a esto se llama *obsesión,* la cual toma el nombre de *fobia*, cuando la impresión que la acompaña es la angustiosa de miedo, y generalmente entra en composición con el radical que indica la causa que a éste motiva, diciéndose, por ejemplo: *agorafobia*, al miedo de los espacios. Otras veces se le da nombre de mayor claridad, y se dice v. g.: *locura de la duda*, temor de los *contactos*, etc. etc. Los autores no están de acuerdo en si la obsesión es por sí misma una enfermedad, o sólo síntoma de otra, como, por ejemplo, de la neurastenia.

Lo más probable es que sucedan las dos cosas. Para mayor claridad, tomamos a Cullerre los siguientes ejemplos: (Fronteras de la locura).

Ejemplo de agorafobia.

M. Albert G........, de edad de veintisiete años, teniente de infantería, dotado de una inteligencia distinguida, ha leído mucho y tiene sus pretensiones de literato, músico y poeta y hasta arqueólogo. Es de una sobriedad ejemplar, y a los veinte

años, en 1870, fué condecorado por un acto de valor. Su salud ha sido siempre excelente, pero padeció ataques de corea durante tres meses, a los trece años. Su padre ha muerto de apoplegía; su madre tuvo algunos accidentes convulsivos, y una de sus primas hermanas ha permanecido durante tres meses en una casa de dementes.

En 1872, estando de guarnición en una gran ciudad, atraviesa una mañana, en traje de paisano, una plaza pública, absolutamente desierta y siente miedo. Mira a su alrededor, no ve a nadie, siente algùn desfallecimiento y se interroga si no debería volver atrás. Vacila, apenas puede contener su emoción, distingue claramente los objetos, pero tiembla y se detiene. Tan pronto como entra en una calle estrecha, se encuentra tranquilo, no experimenta impresión alguna y no fija su atención en lo que acaba de sucederle.

Algunos días después atraviesa la misma plaza a la misma hora, vestido de uniforme, con la espada al cinto, y nada de particular siente; en diferentes ocasiones, de día y de noche, recorre sin ningún malestar el mismo camino en traje de paisano y a caballo.

Cierto día sube a la casa de un amigo suyo, que vive en un piso tercero, y espera fumando en la galería. Echa una mirada al vacío que le rodea, se turba, se inquieta, palidece, se avergüenza, tiembla, abandona la galería, entra en la habitación, toma asiento con la espalda vuelta a la ventana, se calma poco a poco, se impacienta, baja la escalera tarareando, marcha alegremente durante veinte minutos, llega a su restaurante, encuentra a sus camaradas y come con el mejor apetito.

Toma parte una mañana en grandes maniobras y recibe orden de alejarse a distancia de tres kilómetros, cerca de un molino. Apenas llega a su destino y comienza a dibujar, se aterra a la vista de una llanura sin fin, se echa a temblar y pálido y fuera de sí, penetra en la habitación del molinero, se declara indispuesto, "a consecuencia de una insolación", y pide una taza de leche. Le dispensan benévola acogida y se restablece al punto. Diez minutos después sale, hace diferentes preguntas sobre la localidad a un muchacho, le hace sentar a su lado mientras dibuja, le da las gracias y se aleja.

Muchas veces, vestido de paisano, atraviesa a pie la misma plaza que la primera vez, y le sobrecoge la misma angustia, mientras que cuando va de uniforme y con la espada ceñida, puede recorrer impunemente el mismo camino.

En 1874 cambia de guarnición y viaja con su regimiento. Después de una marcha de treinta y tres kilómetros, llega a una pequeña población, y se encuentra alojado en frente de una iglesia notable. Examina atentamente el monumento en su exterior, entra después en la iglesia, se encuentra solo, tiene miedo, le flaquean las piernas, se imagina que anda sobre lozas de goma elástica, se sienta, se enjuga el rostro y gime. Al cabo de un instante oye hablar, se levanta, se exhorta mentalmente, procura componer su semblante, no ve a nadie, anda trabajosamente, sale de la iglesia, le saludan tres militares de su regimiento y se halla inmediatamente repuesto. No ha sentido vértigos ni náuseas; pero cree haber experimentado momentáneamente la imperiosa necesidad de ir al retrete.

Algunos días después, llegado a su destino, experimenta contrariedades muy vivas. Primeramente se aloja en un segundo piso, sobre un patio, después en el primer piso con vista a la calle, y repetidamente se ve atormentado por sus angustias. Sus camaradas se burlan de los motivos que alega para cambiar tan frecuentemente de habitación. Por último, después de muchos ensayos, y de tergiversaciones constantes, alquila una tienda, deja las ventanas cerradas, se alumbra a toda hora con una bugía, duerme en la trastienda, y sale o entra por el pequeño patio de la casa. Desde entonces no siente nada y le va perfectamente.

En 1875 siente miedo otra vez en el gran patio de un cuartel y, como ya ha dado lugar a los más molestos comentarios, solicita un retiro por enfermedad temporal.

De regreso a su pueblo natal trabaja, sale poco, lee mucho y nada absolutamente le impresiona. Recibe la herencia de sus padres y resieste a muchos proyectos de matrimonio que le hacen. "¿Qué debo hacer, me escribe, debo casarme? Tengo más deseos de hacerlo de lo que parece. Nadie imagina que esté enfermo y el hecho es que como y bebo bien, duermo mejor aun, y a juzgar por mi aspecto, me comprarían la vida. Preciso es, sin embargo, que yo tenga una desorganización latente del cerebro".

Después de un tratamiento hidroterápico muy prolongado, y una medicación ligera aunque muy constante, de bromuro, M. Albert G. ha vuelto a las filas del ejército.

Locura de la duda.

Se trata de un príncipe ruso. (Observación de Griesinger). De antecedentes hereditarios formales, epilépticos durante su in-

fancia, a quien atormentaban las preguntas más absurdas: "¿Por qué este objeto tiene tales dimensiones? ¿Por qué aquel otro es de tal tamaño? ¿Por qué esta persona es de estatura tan baja? ¿Por qué no es de la altura de la habitación? ¿Por qué los hombres no son más grandes? ¿Cómo no son tan grandes como las casas? ¿Cómo está hecho el sol? ¿Por qué no hay dos soles y dos lunas?"

Este ejemplo nos trae a la memoria las dudas de D. Quijote y el empeño que tenía en entender y desentrañar el sentido de las razones de las sinrazones y los merecidos merecimientos que encontraba en el famoso libro de D. Feliciano de Silva. Y el primer ejemplo nos hace ver cómo la idea puede faltar y quedar sólo la impresión angustiosa, que es lo que constituye esencialmente la obsesión, la que puede aparecer sin que antes se haya presentado la idea fija como sucedió al militar citado por Cullerre.

Después de las obsesiones, debo mencionar los impulsos. El impulso se define diciendo que *es la tendencia irresistible a la realización de un acto* (Regis). En muchos casos ese acto se realiza a pesar de la enérgica y aun heroica oposición de la voluntad del sujeto que conoce su mal; pues en el impulso o impulsión, como también se dice, el que padece éste, siente con frecuencia repugnancia por la ejecución de aquel, lo cual depende de la mentalidad y cultura del paciente. Entre las impulsiones más frecuentes citaré, como ejemplos, las designadas con los nombres de *dipsomanía* y *kleptomanía*. La dipsomanía es la tendencia irresistible a la bebida; la cual padecen muchos entre nosotros; pero como en la generalidad de los casos no se presenta resistencia, porque la mentalidad y la perversión no dan lugar a ella, no se puede conocer si se trata de una simple costumbre, o de una verdadera enfermedad. El siguiente ejemplo demuestra con claridad esta impulsión: Fuí llamado una vez para atender, por acci-

dentes alcohólicos, a un amigo mío, persona robusta, de cuarenta años de edad aproximadamente, muy correcta y trabajadora, a quien no se le conocía ningún vicio. La cortesía del enfermo y su sincero deseo de corregirse, así como la pena de la esposa y su solicitud en atenderlo, me hicieron comprender que no se trataba de un caso vulgar de simple embriaguez, como lo demostraron las subsecuentes investigaciones. En efecto, pasada la gravedad de los accidentes, el enfermo me refirió que, de ordinario no tomaba ni le agradaba la bebida; pero que cuando la casualidad o la desgracia lo hacía encontrarse con alguno de esos amigos necios que, por más que resistiera, lo hacían tomar una copa, apenas tomada ésta, sentía una necesidad imperiosa de seguir tomando y le era imposible de contenerse a pesar de sus mayores esfuerzos, y tomaba continuamente copa tras copa hasta hundirse en la estupidez, en ese estado de inconsciencia que los médicos llaman *coma*. No había llegado a este grado la primera vez que fuí a atenderlo, porque otros médicos le habían advertido que podía morir de una congestión cerebral, y el miedo a la muerte hizo que antes de que llegara la inconsciencia corriera a su casa, donde la esposa se encargó de atenderlo con toda solicitud. Pasados los accidentes procura siempre evitar el encuentro con los amigos y aun pasar frente a una cantina, sabiendo que, si una verdadera desgracia lo hacía tomar una copa, esta sería la primera de una série indeterminada. Este es un caso de impulsión a la bebida, o de *dipsomanía*.

Un ejemplo claro e instructivo de *kleptomanía*, se presentó hace algunos años en la ciudad de X donde, escasos de médicos conocedores de la materia y de abogados ilustrados en ella, todavía en 1910 estaba en la cárcel extinguiendo una larga condena que por robos múltiples y repetidos se le había impuesto, un hom-

bre llamado Tomás Cano. Este fué estudiante del Seminario Conciliar de aquella capital, del cual se separó dedicándose al robo con tal habilidad, que llegó a creerse imposible dar con el ladrón. Fué por mucho tiempo una especie de Raffles o de Arsenio Lupín. Con frecuencia los habitantes de la ciudad se quejaban de haber sido robados, pero nada se podía encontrar de lo robado, ni en montepíos ni en ninguna parte. Por fín, se dió con la casa de Cano y desapareció el misterio, el misterio vulgar: se encontró al ladrón; más apareció otro misterio; ese hombre no robaba por interés; era un ladrón misterioso en su manera de ser, lo cual no importó a las autoridades ignorantes, que lo mandaron a la prisión, sin muchos trámites, pues nada se necesitaba para comprobar el supuesto delito. En efecto, en la casa de Tomás Cano se encontraron todos los objetos robados desde hacía mucho tiempo; todos muy bien guardados y ordenados como en un museo, marcados con una etiqueta en la que estaba anotado el propietario, la fecha del robo y el número de orden correspondiente, y en un libro anotados también los objetos robados, con fechas y dueños respectivos. Las autoridades, pues, no tuvieron que comprobar quien era el que robaba ni a quienes pertenecían los objetos, que fueron vueltos a los propietarios, sin que se hubiera perdido un solo alfiler. En 1910, una de las personas que servían en el Hospital Civil, adjunto a la cárcel, me mostraba una carta de Cano, escrita con motivo de darle las gracias por las atenciones de que éste fué objeto durante una enfermedad, carta llena de sincera gratitud y no escasa de corrección. Después de leída, la persona que me la mostró me preguntaba admirada: "¿Es posible que sea un criminal quien se expresa de esta manera?" No, le contesté, es simplemente un loco. Y le conté la historia.

Cuando la tendencia o impulsión es hacia el incendio, se le llama *piromania*; si a repetir una palabra, *onomatomanía*; si a pronunciar palabras obsenas, *coprolalia*; *ecolalia* es la impulsión a repetir, a manera de eco, la palabra que se acaba de oír; hay la impulsión al suicidio, al homicidio, etc., etc.

En las simples ideas fijas, las obsesiones y los impulsos, tenemos siempre más o menos despierta la conciencia del enfermo respecto del mal que padece; pero las facultades mentales también se trastornan, y entonces el enfermo ya no se da cuenta de que ciertas ideas o sentimientos son enfermizos, es decir, aparece el delirio que, ya sea parcial o relativo a una idea o série de ideas, quedando intacto el razonamiento en lo referente a las demás, o bien general, siempre presenta *una o algunas ideas o sentimientos dominantes,* y así se tienen las denominaciones de *hipocondría*, *melancolía*, *delirio de persecución erotomanía y megalomanía*, o delirio de las grandezas, la cual padecía nuestro buen caballero D. Quijote de la Mancha, etc., etc.

Con frecuencia sucede que los síntomas no se puedan apreciar con claridad, y menos aún sistematizar, en las personas en que la neurosis no está muy pronunciada; en esos casos, a los enfermos se les califica con palabras más vagas aun que las ya citadas, como son las de: excéntricos, extravagantes, chiflados, etc., que revelan a las personas a quienes se les aplican, no como enfermas, mas tampoco como sanas.

A este respecto, Cullerre dice lo siguiente:

"La salud y la enfermedad, dice Claudio Bernard, no son dos modos que difieran entre sí esencialmente, como han podido creerlo los antiguos médicos y como todavía lo creen algunos prácticos. Es necesario no hacer de ellas principios distintos, entidades que se disputen el organismo vivo, convirtiéndolo en teatro de sus luchas. Son estas antiguallas médicas. En la reali-

dad no hay entre esas dos maneras de ser sino diferencias de grado; la exageración, la desproporción, la desarmonía de los fenómenos normales, constituye el estado enfermo."

Por esto lo que hemos convenido en llamar *la salud* es una cosa enteramente relativa. Ni desde el punto de vista mental, ni desde el punto de vista físico, existe ninguna fórmula absoluta de ese estado, y un tipo normal del espíritu humano no pasará de ser una abstracción ideal. Como observa Griesinger, el dilema: "este hombre está loco o no", no tiene sentido común. Así como en Patología ordinaria existe todo un orden de hechos contrarios al exacto equilibrio de todas las funciones orgánicas y no caracterizan, sin embargo, ninguna enfermedad determinada, del propio modo en Psicopatología existe un número considerable de estados mentales que constituyen una zona intermedia entre la exacta ponderación de todas las facultades y las verdaderas enfermedades mentales.

¡Cuántas gentes hay que por sus modales excéntricos, por su carácter irascible, por sus sentimientos inconstantes, por la rareza de sus ideas, por sus actos insólitos, motivan juicios los más contradictorios de parte de sus allegados!

¡Cuántos individuos anormalmente abatidos, entregados a la melancolía, o atacados de un estado habitual de sobrexcitación! ¡Cuántos pesimistas, entusiastas, originales, inventores, místicos, disipadores, libertinos y aun criminales, de quienes no puede decirse que deban ser clasificados como locos, aunque haya la certeza de que tampoco pueden figurar entre los razonables!

. . . .

. . . .

Desde el principio de los estudios sobre la locura sorprendió a los médicos la existencia de estas perturbaciones de las funciones psíquicas que huyen y desaparecen tan pronto como se pretende circunscribirlas y clasificarlas.

Cuenta Pinel que no fué pequeña su sorpresa, cuando al entrar en Bicetre vió muchos enfermos que no ofrecían ninguna lesión del entendimiento, sino meramente perversiones afectivas e impulsiones peligrosas.

Algunos años después, Prichard llamaba la atención hacia otros hechos en que la perturbación mental se refería especialmente al carácter, a las afecciones, a los hábitos, respetando, por lo menos en apariencia, las facultades intelectuales.

Esquirol hace notar a su vez que hay individuos que no desvarían, cuyas ideas conservan sus relaciones naturales, cuyos

razonamientos son lógicos, sus discursos consecuentes y muchas veces vivos e ingeniosos. Sus acciones por lo contrario, son opuestas a sus afectos, a sus interéses, a las costumbres sociales; pero enmedio de ser desordenadas sus acciones, se justifican siempre por motivos más o menos plausibles y se puede decir de ellos que son *locos razonables*.

Refiriéndose a los mismos individuos, sostiene Trelap, que son locos; pero que no lo parecen, porque se expresan con lucidez. Son locos en sus actos, más que en sus palabras; su locura es *lúcida*.

Era imposible clasificar estos casos en las formas conocidas de locura. Ha sido necesario colocarlos en una categoría independiente, asignándoles puesto y denominación. A todos los observadores les sorprendía un punto: la facultad de razonar, la integridad aparente de las funciones puramente intelectuales. De aquí esa denominación desdichada, equívoca, paradógica de *locura razonadora*, bajo la cual han sido comprendidos todos esos hechos ....

....

....

Creemos suficientemente probado con lo dicho en los capítulos precedentes, que el loco, tal como se lo presenta el vulgo, ese sér destornillado, en completo desorden, huraño, no es más que una variedad en la especie. Un sujeto puede ser loco y conservar todas las apariencias de la razón; puede delirar sin dar saltos con la imaginación, sin disparatar acerca de todas las cosas y en todos los instantes, y también sin divagar absolutamente nada. Como todas las enfermedades, la locura tiene sus modos, sus formas y sus grados." (Cullere.—Las Fronteras de la locura.)

IV

La falta de precisión en las denominaciones de la locura, así como la correspondiente de conocimiento íntimo de esta enfermedad y de las neurosis análogas, como son la histeria, epilepsia y neurastenia, se ponen de manifiesto por la ninguna unidad que presentan las clasificaciones, pues cada autor de los más famosos en psiquiatría tiene su clasificación especial.—Ahí van unos ejemplos:

El famoso especialista inglés Savage, en su obra "La Locura y las Neurosis Análogas," tiene esta clasificación: Histeria-Manía; Hipocondría-Melancolía; Demencia (general y parcial, primaria y secundaria); Debilidad mental-Manía crónica y Melancolía; Locura recurrente; Locura ilusional; Parálisis general de los locos; Locura paralítica; Locura epiléptica; Locura puerperal; Locura post-nupcial; Locura de la lactancia; Locura tóxica (alcohol, plomo, opio, cloral); Gota visceral (cardiaca, renal, pulmonar); Locura sifilítica-Mixedema; Asma-Diabetes, e Idiotismo de varios grados.

Esto más bien que clasificación, es una simple enumeración de formas clínicas de enfermedades mentales y de algunas de sus causas.

Grasset en su obra "Semi-Locos y Semi-Responsables" tiene una muy buena clasificación aunque un

poco complicada, de "las funciones y de los actos psíquicos en general", en la cual agrupa estos en cuatro clases: receptores, reflexivos, volitivos y conservadores de la vida. Cada uno de estos grupos se divide a su vez en actos más reducidos, como atención, memoria, asociación de ideas, &., hasta quedar expresadas todas las funciones psíquicas que a cada uno le corresponden, y para las cuales estudia las siguientes perturbaciones patológicas o enfermizas: Ilusiones y Alucinaciones, Obsesiones, Delirios, Impulsiones, Abulias y Parabulias. Perturbaciones de la cenestesia, Perturbaciones de la idea del Yo y de la Personalidad, Perturbaciones del psiquismo social y del psiquismo sexual y familiar.

Respecto de las impulsiones, Regis hace una división muy acertada, y es la siguiente: Impulsiones a tics, a gestos y palabras; a actos bufonescos; extravagantes y estúpidos; groseros y repugnantes; ambulatorios, de apropiación y de robo; eróticos, de destrucción y de incendio; actos de violencia contra sí mismo; de violencia contra los demás e impulsiones a envenenarse.

El curioso fenómeno que se representa con tanta frecuencia en los locos, de tener ratos de completa lucidez, como si fueran cuerdos, ha dado origen a la frase de "locura circular" como la de Cardenio de que hablaré en otro lugar, y el no menos curioso de presentarse un delirio *solo respecto de ciertas ideas,* a la de "locura parcial". Como se vió en las citas que hice de Cullerre, la locura parcial recibe el nombre de "locura lúcida" o "locura razonadora" cuando, como pasa en D. Quijote, hay verdadero encadenamiento lógico de las ideas y perfectos razonamientos dentro del propio delirio, al grado de poder convencer a otros de sus ideas, como sucedió a Sancho Panza con Don Quijote, y como ha sucedido a muchos con otros locos.

Finalmente, la locura parcial, es decir, la que sólo

afecta una parte de la mentalidad de la persona, siendo o no razonadora, es llamada "semi-locura" por Grasset (Semi-Locos y Semi-Responsables). La locura es general cuando desaparece todo vestigio de razón.

Con todo lo expuesto, no he querido hacer otra cosa que dar una idea de las dificultades que ha presentado el estudio de la locura, o mejor dicho, de las locuras humanas, puesto que ni los especialistas se ponen de acuerdo, y dar a conocer las palabras con que se designan más frecuentemente sus manifestaciones, en casi todas las cuales hay siempre uno o algunos síntomas preponderantes. Cuando estos no ameritan el que a la persona que los tiene se le dé el nombre de LOCO ni se les pueda aplicar ninguna de las denominaciones citadas, se le dará la más vaga de: excéntrico, original, místido, ambicioso, disipador, chiflado, &. &. Por supuesto que estas palabras siempre se refieren a personas que revelan el trastorno de las facultades, por algún detalle que lo evidencíe. Así, disipador en el sentido médico de la palabra, e, el belga citado por Grasset, que no teniendo más capital que treinta mil francos con los cuales pudo ponerse a trabajar y hacer que se multiplicaran, se dedicó a pasearse en coche de cuatro caballos, hasta que se quedó sin un solo centavo. El mismo autor dice de los originales y excéntricos:

"Son estas anomalías aisladas, manías como las llama el público, y que recaen ya en el hábito exterior, en la manera de vestirse, de andar, de escribir, de hablar; ya en un gesto extraño, ya una locución, un tic. Con frecuencia tambièn la originalidad se revela por una tendencia imperiosa, obsesicnante que impulsa al sujeto en una dirección intelectual o moral determinada, con exclusión de toda ocupación práctica y útil, a rodearse, por ejemplo, de pájaros, de flores, de gatos; a coleccionar objetos insignificantes, especialmente de tocador, tales como corbatas, sombreros, ropa interior de todos colores y de todas formas; a absorberse en investigaciones, en cálculos, en investigaciones ridículas."

"A veces son también emotividades singulares, aprensiones o atracciones invencibles respecto de tal o cual animal o de este o aquel objeto".

"La prodigalidad excesiva, la avaricia sórdida, la exaltación religiosa y política, el erotismo bajo todas sus modalidades, sus perversiones; los ritos místicos más extraños; la mentira expontánea; el espíritu de intriga y de doblez; la pasión del juego y de la bebida; la hipocresía y la misantropía, son también tendencias que se hallan frecuentemente en esos indivíduos que el público designa con el nombre de excéntricos; maniacos, chiflados." (Semi-locos y Semi-responsables).

Para evitar la confusión consiguiente a tantas clasificaciones y tan variados nombres que tienen las manifestaciones de la locura, y no necesitándose, por otra parte, tener idea clara de todas, sino sólo de algunas para el objeto de este trabajo, bueno es tener presente la clasificación que sigue, de los trastornos que puede tener el individuo de sus pensamientos y de sus actos: Trastornos del pensamiento; trastornos del sentimiento; trastornos de la conducta para consigo mismo y para con los demás. Es esta una división provisional y acomodaticia que, a falta de otro mérito, tiene el de agrupar los fenómenos enfermizos de un modo bastante claro para el objeto que persigo. En estos grupos caben perfectamente todas las formas de locura ya mencionadas, y, por otra parte, no he de referirme a todas, sino sólo a aquellas que tienen relación con la que presentó el valeroso y nunca bien admirado D. Quijote de la Mancha.

Debe tenerse muy presente, que un trastorno cualquiera puede llevar y de ordinario lleva consigo trastornos de los otros grupos, como se verá en el curso del presente estudio. Esto es fácil de comprenderse desde luego, pues dada la unidad orgánica y esa armonía admirable que existe en todas las funciones, de manera que todas son solidarias unas de otras, es lo más

lógico que, si aparece un trastorno en la zona de las ideas, lleve consigo modificaciones en la zona del sentimiento. Así, en los místicos, por ejemplo, la idea despierta el sentimiento, y el éxtasis y la tendencia a la reclusión en los de carácter pacífico y timorato, o pasa a la zona de la acción en los de carácter activo, y aparece el fanático, el conductor de multitudes, desfacedor de entuertos y redentor de pueblos oprimidos.

Parece que la idea, repetida constantemente, se convierte en idea fija; ésta, creciendo más y más, invade la zona del sentimiento y produce la obsesión, que a su vez provoca el movimiento en uno u otro de los individuos indicados.

V

En Patología hay una ley que dice: "todo proceso morboso corresponde a un proceso normal". En otros términos: todo fenómeno enfermizo es un fenómeno normal exagerado, disminuido o pervertido. Lo cual quiere decir, en un lenguaje más claro, que en toda enfermedad, los fenómenos que se presentan tienen por base los mismos que ordinariamente se verifican en el organismo cuando está sano; los síntomas de una enfermedad, son las funciones naturales alteradas. Sea como ejemplo la fiebre: La elevación de la temperatura se debe a la constante excitación que los elementos microscópicos que forman nuestro cuerpo, y que los médicos llaman *células*, están recibiendo del suero de la sangre que los toca continuamente, y en la cual va disuelta una substancia irritante, que en general es producto de los microbios que produce la enfermedad. Pero las células no hacen, al aumentar la temperatura, más de lo que hacen ordinariamente; es cualidad de ellas la irritabilidad, o sea, la facultad de reaccionar ante cualquier excitante, y esa reacción, como que lleva consigo un aumento de trabajo, también lleva un aumento de la temperatura. Como ese aumento, en el caso de que el excitante vaya en la sangre, se verifica en todas y cada una de las células que en varios millones

forman el organismo, resulta la fiebre, que algunos patólogos, muy amantes de señalar el fin y objeto de los fenómenos, dicen que es una defensa del organismo que, calentándose, les forma un horno a los microbios para matarlos. Yo no creo en ese "Auto de fe", a pesar de lo que han sostenido eminencias científicas, sencillamente porque parece todo lo contrario: los microbios, por medio de las substancias irritantes que dejan escapar en la sangre y que los médicos llaman *toxinas*, provocan la irritación general para cambiar el clima en que viven y pasarla mejor, pues la temperatura a que ordinariamente llegan los febricitantes no es la peor para los microbios. Como quiera que sea, la verdad es que en la fiebre se verifica un fenómeno ordinario: la célula, al trabajar simplemente para vivir, desarrolla calor y éste forma el calor natural del cuerpo; pero si una función especial la hace trabajar más, aumenta su calor, como sucede en los órganos digestivos en los momentos de la digestión: se aumenta su temperatura. Pues lo mismo sucede en la fiebre, el fenómeno normal o fisiológico de las células se aumenta, y como ese aumento se verifica a la vez en todo el cuerpo, el resultado es verdaderamente extraño para la persona, y decimos que tiene *fiebre*. Si limitamos el fenómeno para hacerlo más comprensible, podemos fijarnos en lo que sucede cuando una persona se pincha un dedo con un instrumento sucio: el dedo se hincha, se hace doloroso, aumenta de volumen y se calienta. La suciedad del instrumento irrita las células de un lugar limitado; éstas aumentan su trabajo, y por lo mismo su temperatura; la sangre acude, como de ordinario, en mayor cantidad al órgano que trabaja más, de lo que resulta el aumento de volumen del órgano, hay una congestión. Este fenómeno, *congestión*, que a veces se nombra con terror como causa de la muerte de alguien, no es sino el fe-

nómeno normal que la sangre realiza de ordinario siempre que hay un órgano que por cualquier circunstancia trabaja más que los otros: se congestionan los órganos digestivos en la digestión, se congestionan los músculos en los ejercicios gimnásticos, como se congestiona el cerebro cuando el alcohol, transformado en lo que los químicos llaman: *aldehida atílica*, irrita esa parte del cuerpo, la cual también se congestiona en el sabio y el artista, cuando éstos se entregan a sus concepciones, porque, como de ordinario, la sangre va a contribuir a la misteriosa gestación de las ideas y a la explosión luminosa del pensamiento.

Pues también en la mentalidad del hombre se verifican fenómenos ordinarios o normales que, cuando se alteran, no hacen sino aumentarse, disminuirse o pervertirse; pero no hay fenómenos nuevos. Es decir, la ley patológica señalada se verifica también en Psicología, y así decimos: A todo fenómeno psicológico enfermizo, corresponde otro normal. En los locos, pues, a pesar de ser los ilegales de la Naturaleza, como dice un psiquiatra español, y cualesquiera que sean los fenómenos que presenten, siempre esos fenómenos tendrán su representante en el estado normal del hombre

Por otra parte, en medio del mayor desorden se nota cierta selección de fenómenos, una especie de categoría y el dominio de ciertos síntomas acompañados de algunos otros, pero éstos son concomitantes, y esta concomitancia también se observa en el estado normal. Esta condición es la que da al delirio su carácter especial, en el cual fundó la Psiquiatría antigua su clasificación de los locos en: megalómanos, melancólicos, perseguidos, perseguidores, etc. Sea un ejemplo de los más antitéticos que pueden presentarse: el de los *perseguidos perseguidores*. El delirio de persecución tiene su fundamento en el fenómeno natural del miedo, cualidad

que la Naturaleza ha puesto en el hombre, como en todos los animales, para ser el auxiliar más poderoso del instinto de conservación. Ahora bien, ese mismo miedo hace pensar en la destrucción del enemigo como medio de defensa. El que sufre el simple delirio de persecusión, se encierra en una actitud pasiva y huye de todo aquello que cree puede dañarlo. En el estado normal, el representante de esta locura es sencillamente el miedoso. Pero en algunos locos perseguidos se despierta la idea contraria, la de perseguir al enemigo al cual persiguen bajo el pretexto de ser perseguidos, con encarnizamiento y crueldad sorprendentes y, ¡ay de ese enemigo si las circunstancias lo ponen al alcance de un loco! Aunque esta locura aparezca antitética, tiene su representante en la vida ordinaria: es el cobarde, el que teme y odia y no es capáz de ver de frente al adversario, porque siente en su interior el miedo que le causa; pero si las circunstancias lo ponen en aptitud de herir sin ser herido, ¡infeliz del que cae en sus manos.

Pues bien, Cervantes ha cumplido con la ley citada, tanto en lo patológico o enfermizo, como en lo psicológico; los fenómenos que presentan sus locos están acordes con los que presentan los locos de verdad, y no hay fenómeno que no tenga su representante en el estado normal. Este es, en mi concepto, el gran mérito de Cervantes: tomó al hombre y exageró alguna de sus cualidades normales hasta el ridículo, sin salirse de la ley que vengo estudiando. Por eso es que, además de estar de acuerdo sus personajes con la realidad, de ser verosímiles, cada hombre y cada pueblo puede tomarlos como sus representantes; de ahí que D. Quijote resulte ser el símbolo caricaturesco de la humanidad.

He dicho que en las varias clases de locos, se presenta una idea capital acompañada de otras que le forman una especie de cortejo, pero que siempre son con-

comitantes, es decir, que contribuyen al perfeccionamiento de la primera, como para formar un todo armónico aun en medio de la desarmonía del delirio, y que esta circunstancia también tiene su representante en el estado normal u ordinario. Así, la megalomanía no es más que la exaltación de la idea y el deseo de grandeza que todos tenemos en el corazón, y el amor es con mucha frecuencia su acompañante, lo mismo que el valor y la resistencia a las fatigas. D. Quijote presenta el delirio de la grandeza y el valor necesario para realizar las grandes empresas a que está llamado "por querer del cielo"; aun después de una paliza siente enardecer su celo y crecer su energía moral a medida que la física desfallece: Si los medios exteriores y la edad le hubieran ayudado, hubiera realizado las famosas aventuras que soñaba su enferma fantasía, como las han realizado los grandes conquistadores, los cuales, si se les quitan los medios exteriores que tuvieron para llevar a cabo sus hazañas, quedan convertidos en Quijotes.

Que el amor anda siempre con los megalómanos en el estado de enfermedad y con los grandes en el estado ordinario, lo dicen la historia y los mismos libros de caballerías que de seguro lo tomaron de la realidad.

También los megalómanos tienen sus enemigos, pero no los buscan para destruirlos a mansalva por miedo que les tengan, como sucede con los perseguidos perseguidores, sino que, como los valientes, los buscan para vencerlos en leal y franca batalla.

*
* *

Parece que en el cerebro humano hay centros nerviosos destinados a ser el asiento de todas las ideas, sentimientos y movimientos que tiene y puede tener el hombre. El cerebro es como un piano de infinito núme-

ro de teclas, cada una de las cuáles corresponde a cada sonido, y no solo, sino también a cada color, a cada sensación; tiene una cuerda para cada pasión: para el amor y el odio, para el valor y el miedo, para la ambición y la grandeza, y para cada recuerdo, para cada ilusión, para cada esperanza.

Es que el cerebro, lo mismo que la médula espinal, está constituído por elementos microscópicos de forma especial llamados *células nerviosas*. Pero estas células, por su modo particular de ser y la importancia de las funciones a que están destinadas, han recibido nombre también especial, designándoseles con el de *neuronas*. Tienen forma irregular, como estrelladas, pues de su cuerpo se desprenden fibras o hilos, uno de los cuales es demasiado largo y va al órgano a que está destinado. Los apéndices de la célula nerviosa o neurona se llaman *dendritas*, y el apéndice largo, *cilindro-eje*. Hay neuronas sensitivas y neuronas motoras; esto quiere decir que unas presiden a la sensación y otras al movimiento. La neurona encierra en su cuerpo el secreto de todas las funciones del organismo, y entre los millones de neuronas que forman la corteza gris del cerebro y el centro de la médula espinal, se constituye un gobierno de administración admirable. Los cilindros-ejes de las neuronas se unen en haces o manojos y forman los nervios, los cuales son especies de hilos telegráficos por los que llegan a las neuronas avisos de todo lo que pasa en cualquier parte del cuerpo y del mundo que le rodea.

Suenan las cuerdas de un violín, las ondas sonoras hacen vibrar el tamborcillo del oído, cuyas vibraciones repercuten en el líquido que hay en una especie de caracol donde nadan los extremos de los cilindros-ejes que forman el nervio auditivo, los cuales pasan las corrientes nerviosas a las células o neuronas de que de-

penden, y éstas, por modo misterioso, dan cuenta del sonido a la conciencia. Como en este caso se trata de un sonido agradable, esas neuronas, que a mi se me antojan arañas, mueven sus patas y se ponen en comunicación con el grupo de arañas, les volveré a llamar así, que forman el centro del sentimiento estético para aquel sonido, cuya belleza se percibe entonces. Mas si el sonido no fuere agradable y anunciare un peligro; si en vez de oír las armonías de las cuerdas de un violín, oímos un cañonazo, al resonar el tambor de nuestro oído pasa el telegrama a otro centro también auditivo, pero éste ya no lo comunica a un centro estético, sino a un centro de movimiento, desde el cual parte otro telegrama, siempre por medio de los cilindros-ejes, a los órganos del movimiento, a los músculos, disponiéndolos para la carrera, en el caso de que, en la conciencia del sujeto, aparezca la idea de librarse del peligro por ese medio.

Consideraciones semejantes se podrían hacer para la vista: la imagen se presenta, se pinta, por decirlo así, en lo que se llama la *retina*, especie de placa fotográfica formada por las extremidades de los nervios ópticos, y en los que hay una fibrilla para cada color y para cada matiz, y la corriente nerviosa parte desde la imagen al centro nervioso, donde la conciencia se da cuenta del fenómeno, etc., etc. Así se podrían estudiar todos los fenómenos orgánicos para comprender la intervención en ellos del sistema nervioso; pero ésto, ni es necesario para mi objeto, ni lo permiten las dimensiones que debe tener este trabajo. Basta a mi propósito dar una idea tan ligera como se ha dado, de la constitución de nuestro cerebro, y un rasgo siquiera de su modo de funcionar, para que se expliquen los fenómenos psíquicos que presentan los locos, y aun los que son y no lo parecen, como los santos, los poetas, los

visionarios. Quiero sólo dar a entender cómo, habiendo centros nerviosos para todo, si por cualquier motivo se produce una excitación en uno de éstos o en el trayecto de su nervio correspondiente, aparecerá la sensación, el sentimiento o el movimiento, según sean aquellos.

Ahora bien; hay un centro nervioso para cada impresión, por pequeña que sea. Para que se comprenda facilmente esto señalaré algo de lo que sucede con los centros del lenguaje articulado: Una persona recibe un golpe en la cabeza,en el lado izquierdo;el cráneo se rompe y la persona queda muda. Ese mutismo se debe a la destrucción, parcial o total, de los centros del lenguaje. Supongamos que la destrucción es parcial, como sucede lo más frecuente. Pues bien, el mutismo es parcial y se presentan fenómenos curiosos: ya el herido no se acuerda del modo de mover la lengua para pronunciar la palabra; ya no sabe o no se acuerda de lo que significan las palabras que oye; si las ve escritas, no las entiende y si las entiende no puede escribirlas, porque se le olvidó el movimiento que ha de hacer la mano para ello; otras veces, no ve la palabra escrita, aunque pueda escribirla, etc. Si, en caso de muerte del herido, se hace la autopsia, se ve que el cerebro también fué herido por el hueso roto, en un lugar que los anatómicos llaman *el pié de la tercera circunvolución frontal izquierda,* que por ese motivo se considera como el centro,debe decirse los centros, del lenguaje articulado. Estos hechos demuestran que los citados centros están constituidos por células o neuronas que se ocupan: unas de recordar el movimiento que se hace para pronunciar las palabras; otras de hacer que se verifique el movimiento de la mano para escribirlas; otras conservan el recuerdo visual de la palabra escrita, otras el recuerdo auditivo, etc. Véase, pues, cuan complicada es la administración cerebral para lle-

var a cabo el gobierno orgánico, y todo bajo un plan de unidad que sorprende a medida que se estudia.

Ahora bien; cada centro corresponde a su función; si el centro se destruye se anula la función; por eso en los heridos en que el cráneo roto hiere a su vez el pié de la tercera circunvolución frontal izquierda, el lenguaje se anula más o menos, según sea la extensión de la destrucción.

Por otra parte, si la excitación se produce en el centro nervioso, aparece la sensación como si hubiera objeto exterior que la produjera. Comprímase el globo del ojo sobre el párpado, y se tendrá la sensación luminosa. Si la excitación se produce en el nervio que va del órgano a su centro respectivo, también se produce el fenómeno correspondiente; se inflama el nervio auditivo y el enfermo oye ruídos. Si el centro, el nervio o el órgano están alterados por cualquier circunstancia, las sensaciones e impresiones quedarán alteradas también. De ahí provienen las ilusiones y las alucinaciones.

La ilusión es una percepción inexacta de un objeto, de un sonido, de un color o sabor, según que se trate del tacto, oído, olfato, vista o gusto; pero en la que el sujeto no se da cuenta de la inexactitud, pues no se llama ilusión, por ejemplo, la que nos hace ver en un espejo nuestra persona detrás de él, ni la vista de un bastón introducido en el agua como si estuviera roto, etc. Pero sí son ilusiones las de D. Quijote, cuando ve gigantes en los molinos, castillos encantados en las ventanas y doncellas en las maritornes. Esto quiere decir que está alterado el centro nervioso visual en relación con los centros en que se desarrollan las ideas que èl grabó por la asidua lectura de sus libros favoritos.

La alucinación es la sensación que se tiene sin haber objeto exterior que la produzca, como cuando D. Quijote ve un ejército en los carneros. No veía éstos,

pues lo impedía la polvareda que producían; pero su centro cerebral, excitado por las ideas enfermas, tenía la representación de los generales que citó y que dormían en los rincones de su memoria desde que él los había puesto en aquél lugar con la lectura de sus hazañas.

El caso de alucinación más vulgar y conocido de todo el mundo, es el que se produce en los borrachos en eso que se ha llamado *delirium tremens*. El enfermo ve en el suelo o en el aire, en los techos o en cualquier parte personas que no existen, y escucha que lo insultan. Es el alcohol que insulta a sus neuronas.

Como sería muy difícil, por no decir imposible, que la excitación de un centro nervioso se verificara en solo él, pues cualquiera lesión del cerebro inevitablemente abarca varios centros, las representaciones enfermizas son siempre complicadas, con fenómenos concomitantes o que están relacionados, ya con la idea principal o con la lesión material, puesto que en el estado normal las neuronas se han acostumbrado a funcionar en compañía, formando lo que se ha llamado asociación de las ideas.

Además, si hay excitación de uno o varios centros, se aumenta en ellos la energía nerviosa y habrá exageración de las funciones correspondientes; pero si el centro se debilita o falta la circulación sólo en parte, la función disminuye por falta de energía nerviosa; si el centro se altera o se destruye en parte, la función se pervierte, y si la destrucción es total, la función se anula por completo. Pero cualquiera alteración será siempre de las funciones normales del organismo, es decir, que en "todo proceso morboso", como dicen los patólogos, hay un proceso normal, fisiológico o psicológico alterado, en cuya alteración aparecen siempre varias funciones, siendo, por tanto, varios los síntomas

que las manifiesten, formando un todo coherente en general, aunque a veces incoherente.

Los fenómenos incoherentes que se presentan en algunos sujetos, separados del concierto general que forma el delirio, constituyen las extravagancias, como lo veremos después; cuando el delirio se forma solo de fenómenos incoherentes, el sujeto es un excéntrico, su delirio no presenta orientación determinada.

VI

En los casos de locura parcial, es decir, de aquella que ataca sólo algunas de las facultades del individuo, hay fenómenos que se parecen mucho a los que presenta esa grande neurosis que se llama Histeria, de la cual se ha dicho que es un Proteo, por sus múltiples y variadas formas. No se excluyen las manifestaciones de la Locura con las de la Histeria, al contrario, con frecuencia se encuentran juntas en una misma persona. La gama de las manifestaciones de la Histeria es tan extensa o más, que la de la Locura, pues va desde el ataque de "grande histeria", hasta las simples delicadezas de las personas nerviosas, como se dice vulgarmente.

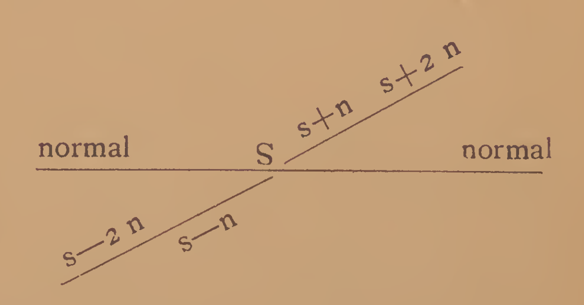
Paul Joire, en su obra "Traité de L' Hypnotisme", ha dado una clara e interesante explicación de lo que es la Histeria. El dice, poco más o menos: *Histeria es el desequilibrio en la distribución del potencial nervioso.* Para este autor, pues, la Histeria no es sino un trastorno funcional del organismo. Es lo más natural, por otra parte, pensar que se dé ese trastorno, porque es indudable que todo órgano de nuestro cuerpo gastará una energía proporcional al ejercicio a que está sujeto, y como la energía no se toma al arbitrio ni se puede adquirir a voluntad de fuera del organismo, es seguro que si en un órgano se realiza un grande trabajo, se gastará

en él mucha energía, la cual disminuirá en otro ú otros, pasando algo semejante a lo que sucede con la circulación de la sangre. Una sola cantidad de sangre es la de que dispone nuestro cuerpo. Ahora bien, si por cualquier motivo en una parte del cuerpo se aumenta la cantidad de sangre que ordinariamente circula en ella, los médicos dicen que esa parte del cuerpo está congestionada, y al fenómeno se le llama congestión, lo que es muy conocido de todo el mundo, así como es conocido el procedimiento de corregir ese trastorno circulatorio, procedimiento fundado precísamente en que la cantidad de sangre del cuerpo no puede aumentarse ni disminuirse, por lo menos de manera apreciable y eficaz, como no sea por una inyección de suero o por una sangría. Así, pues, si se congestiona la cabeza, cosa que sucede con más frecuencia de lo que se quisiera, hasta las señoras, antes de llamar al médico, ponen los piés del congestionado en agua caliente, o le aplican sinapismos en las piernas, con el objeto de hacer que la sangre se aumente en ellas, con lo cual disminuirá en la cabeza. Un ejemplo vulgar: supongámonos estar en la ciudad de México; si se gasta energía elécctrica en alumbrar Chapultepec, como ya se ha hecho en algunas festividades solemnes, quedará a obscuras el Palacio de Gobierno, como ha sucedido. Pues otro tanto sucede con la energía nerviosa: irá en tanta mayor cantidad, cuanto mayor sea el trabajo del órgano, ocurriendo a veces que, como en la congestión, el aumento pasa los límites de lo ordinario, y entonces ya se tienen fenómenos enfermizos, los cuales se presentan en el terreno de la sensibilidad, del movimiento y de las facultades psíquicas, y, según lo dicho, si hay aumento o exageración en una función orgánica, tendrá que haber disminución en otra, lo que constituye un desequilibrio.

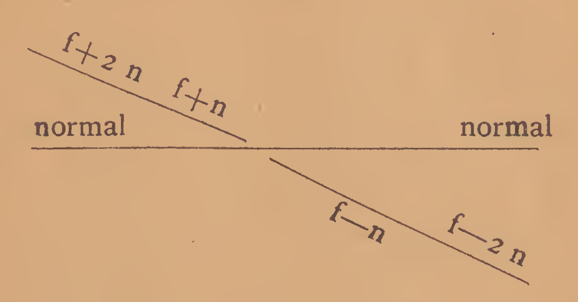
Paul Joire, para hacer comprensible completamen-

te lo anterior de un modo gráfico, representa la fuerza normal por una línea horizontal, y por una oblicua la separación que de la normal tenga la fuerza en los casos de Histeria, la cual presentará fenómenos tanto más notables, cuanto más se separe una línea de otra, partiendo, pues, del punto de intersección de las líneas, hacia arriba aumentando y hacia abajo disminuyendo, se tendrán diferentes grados del fenómeno normal, y se podrán representar por letras. Así, en el terreno de la sensibilidad, si ésta aumenta, es decir, considerando la separación del fenómeno normal hacia arriba, se tendrá, en la intersección de las líneas, sensibilidad normal, y luego su aumento progresivo hasta llegar al dolor. En la parte de abajo al contrario, la sensibilidad disminuye hasta hacerse nula y constituir lo que los médidos llaman anestesia. Si a la sensibilidad se le llama *s*, y *n* un cierto aumento, se pueden establecer fórmulas que expresen el fenómeno; aumentando o disminuyendo *n*, una, dos, tres veces; pero los grados señalados no son sino términos de comparación, habiendo entre ellos una graduación insensible.

La representación gráfica que sirve de base a las fórmulas algebraicas, es la siguiente:



Consideraciones semejantes se hacen para la motilidad o la fuerza, teniéndose: contractura, contracción o temblor, fuerza normal y paresia o parálisis. La representación gráfica es semejante a la anterior, substituyendo *s* por *f*, inicial de fuerza:



Esto es: f más 2n, igual a contractura.
f „ n, „ contracción.
f igual a fuerza normal.
f menos n igual parelesia.
f „ 2n „ paralisis.

Falta considerar el grupo más importante de anomalías histéricas, las anomalías psíquicas. Digo el más importante, porque sus consecuencias y relaciones con la vida social son más estrechas y trascendentales, y bajo este punto de vista es como quiero considerar la Histeria.

Es indudable que en el estado normal el equilibrio psíquico se mantiene en el individuo por la adecuada combinación de dos funciones principales: la voluntad y la sensibilidad o impresionabilidad. Si la voluntad es exagerada, se tiene una disminución de la sensibilidad y el estado no es normal; si la impresionabilidad es la exagerada, las impulsiones automáticas dominarán a la voluntad. De un modo general, la voluntad y el razona-

miento deben dominar, mientras que la sensibilidad, despertada por la impresión sentida, deja sometidas a la voluntad las impulsiones automáticas. El equilibrio consistiría en esta ligera subordinación.

Yo diría, para que fueran más exactas las consideraciones subsecuentes, que no hay esa subordinación que da cierta superioridad a la fuerza voluntaria, sino igualdad, para no despertar la idea de desequilibrio que se viene luego a la mente. Siendo la intensidad de la fuerza voluntaria igual a la intensidad de la impulsión automática, esto es bastante para que aquello anule a ésta en un momento dado y resulte el equilibrio. Así, cuando las facultades superiores que comprenden: la inteligencia, el razonamiento y la voluntad, y que se representan por B, hagan equilibrio a las facultades inferiores, esto es, a las impresiones sensitivas y afectivas, sensaciones, impulsiones automáticas y reflejas, designadas por A, se puede establecer esta ecuación:

P igual a A.

En la histeria se rompe el equilibrio siempre en el mismo sentido, es decir, siempre las facultades inferiores dominan a las superiores.

Yo creo que el desequilibrio puede verificarse también en sentido inverso, pero no tenemos modo de comprobarlo, sus consecuencias no son nocivas para la sociedad. No podemos declarar histérica a una persona porque en ella domine la inteligencia. Sin embargo, de cuando la diferencia es exagerada, como sucede en los grandes artistas y los genios, en quienes podemos comprobar que la personalidad cabe perfectamente en la fórmula dada para la histeria, como que unas facultades están notablemente aumentadas, a cambio de estar disminuidas otras. He aquí unas pruebas: el gran filósofo

Sócrates tenía tal cantidad de potencial nervioso en los centros del oído y del tacto, que le producían las alucinaciones correspondientes; varias veces tuvo éxtasis, y a pesar de su enorme talento en asuntos filosóficos, llegó a creer en la real asistencia de su famoso Demonio, especie de Angel de la Guarda o de secretario perpetuo a quien decía deber todos sus inspiraciones. Pascal, que desde muy tierna edad comenzó a demostrar la grandeza de su genio filosófico y matemático, pues a los diez años excogitaba una teoría sobre el sonido, a los doce hacía descubrimientos en Geometría y a los quince escribía magistralmente su tratado de las Secciones Cónicas, Pascal, digo, ese prodigio de talento, tenía un cuerpo enfermizo y lleno de achaques desde la edad de diez y ocho años; él mismo decía que desde entonces no había pasado un solo día sin dolor; estuvo casi paralítico de las piernas por algún tiempo, al grado de necesitar muletas, y fué tal la debilidad circulatoria, que sus pies se llegaban a enfriar "como si fueran de marmol"; sus órganos digestivos tenían un funcionamiento detestable; a veces no podía tomar sino líquidos calientes y gota a gota etc. La energía nerviosa, acumulándose en los centros psíquicos, los hacía funcionar admirablemente dando al mundo ese prodigio de talento; pero, en cambio, se quedaban sin la energía necesaria para desarrollar su actividad natural, los órganos de la vida vegetativa; de ahí su existencia de gloria y de dolores. Carlos Darwin, el colosal naturalista, padeció neurastenia crónica. Chopín, el encantador musical de las señoritas delicadas y sensibles, fué toda su vida de excesiva nerviosidad, al grado de constituir para él una especie de tormento. Beethoven, otro músico genial, quedó sordo a los treinta años, y el arte absorvía de tal manera su atención, que en todo lo demas era descuidado; su casa estaba siempre en

completo desorden; en su tocador tenía muchas vasijas llenas de agua y al hacerse el aseo la derramaba no sólo sobre sus cabellos, sino también sobre el cuerpo sin preocuparse del vestido ni del suelo en que aquella caía, que a poco quedaba convertido en un lago, y él en medio, como algunas estatuas de nuestros jardínes públicos.

Se ve, pues, cómo la energía o potencial nervioso, si se aumenta en unos centros, disminuye en otros. Si se desarrollan notablemente las facultades superiores, se retrasan las inferiores, y vice-versa. En las personas en que el aumento de potencial nervioso no es muy notable y está de parte de las facultades superiores, la disminución correspondiente en las inferiores resulta imperseptible porque nadie se preocupa de investigarla. Si el aumento es grande, la persona es genial, y como la disminución correspondiente también es grande, aparece un contraste notable entre la magnitud de las facultades mentales y lo débil y enfermizo del cuerpo, o las rarezas y niñerías del carácter. El caso inverso, aquel en que el potencial nervioso está de parte de las facultades inferiores, se hace notable debido a que dominando éstas a las superiores ocasionan desde luego trastornos perceptibles por todo el mundo.

Ahora bién; en la fórmula: P igual a A, el desequilibrio puede ser de tres maneras:

1.°—P permanece normal, y hay exageración del grupo A, teniéndose P menor que A más n;

2.°—A permanece normal y disminuye P, lo que nos da la expresión algebraica: P-m menor que A;

3.°—Al mismo tiempo que se aumenta A, disminuye P, es decir: P-m menor que A más n;

En resumen: Estado normal........ ....P igual a A.

Anomalías del 1.er género:.....P menor que A más n

„ „ 2.° género........P-m nenor que A;

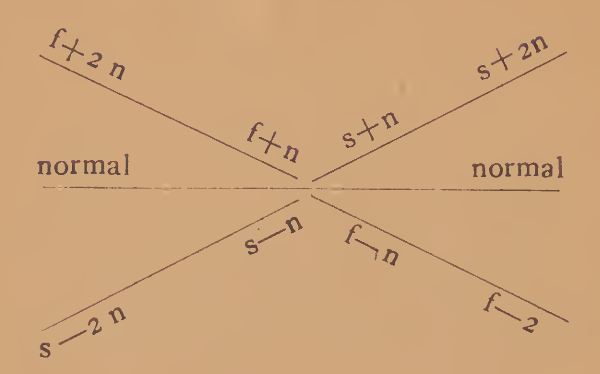
„ „ 3.er género...P-m menor que A más n.

La histeria que yo llamo invertida y que Joire no toma en cuenta, quedaría expresada con las mismas fórmulas, cambiando el sentido de los signos.

Algunas veces sucede que el desequilibrio del potencial nervioso es evidente y se puede comprobar su compensación, como cuando existe contratura en un miembro y parálisis en otro. Pero no siempre sucede así, y en la mayoría de los casos se necesita un examen prolongado y atento, considerando que no siempre se compensan anomalías del mismo género, ni las compensaciones tienen lugar en órganos semejantes. Así, por ejemplo, puede darse contractura de un miembro sin que se vea fácilmente la anomalía compensadora, la que aparecerá después de reiteradas preguntas al enfermo o a los que le rodean, y por las que se sabe que hay una constipación, signo de paresia intestinal; al contrario, puede haber paresia de un miembro y una ligera diarrea compensadora.

Estas anomalías son del mismo género, pertenecen al movimiento, manifestándose en distintos órganos. Pero hay combinaciones más complicadas. La fuerza y la sensibilidad no son sino modalidades de la actividad del sistema nervioso, luego, puede compensarse una con la otra; una contractura, es, pues, capáz de tener por anomalía compensadora una anestesia; un dolor o exageración extrema de la sensibilidad, puede compensarse con una parálisis, etc. El esquema gráfico representati-

vo de esto, sería una combinación de las figuras anteriores:



Joire presenta varios ejemplos comprobando lo anterior, el primero de los cuales es una exageración de la sensibilidad bajo la forma de dolores (neuralgias), y una anestesia sensorial en el oído, o sordera. Todos los casos fueron curados por medio del hipnotismo, y no se hubieran curado, si hubiera habido lesión material en el cerebro, porque el hipnotismo no puede reconstruir la parte material destruida, como puede curar los trasnornos histéricos, pues siendo éstos debidos sólo al desequilibrio de la distribución del potencial nervioso, equilibrando la citada distribución desaparece la enfermedad.

Por otra parte, la distinción entre Histeria y Locura, no siempre es fácil a la Clínica, puesto que en muchos casos se confunden sus manifestaciones, y en otros existen en el mismo sujeto trastornos debidos a la Histeria, y a la vez otros debidos a la Locura. "Todos los alienistas, dice Cullerre, (Op cit.), han confirmado después estos puntos de vista y han insistido sobre todo en la coincidencia tan frecuente y tan manifiesta de la Locura con las grandes neurosis, la epilepsia y el histerismo". En esos casos, la distinción sólo se puede

establecer después de la experimentación hipnótica, o cuando los antecedentes hereditarios marcan con claridad el terreno de la Locura, pues ésta no aparece sino en personas predispuestas que traen lo que los patólogos llaman "taras morbosas". En cambio, la histeria, que en último resultado no es más que una sugestión a largo plazo y producida o provocada por procedimientos llevados a cabo de manera inconsciente y tardía, se puede provocar en cualquier persona, aunque presente el más robusto y sano abolengo, lo cual no quiere decir que no se herede el histerismo, pues la nerviosidad de algunas personas no es otra cosa que una predisposición heredada, y, en último análisis, las pasiones mismas no son otra cosa sino sugestiones a largo plazo y provocadas instintivamente y de manera tardía. Sea, por ejemplo, el amor, no la atracción sexual que la Naturaleza ha puesto en todos los seres organizados para asegurar la conservación de la especie, porque eso no es propiamente una pasión; sino el amor ideal, el caballeresco, el amor cantado por los poetas y soñado por los caballeros andantes; el que nace en la contemplación de una hermosura que se admira y se empieza a querer a fuerza de verla, hasta llegar a estar completamente enamorado de ella. Esto es una auto-sugestión. Pero a su vez la hermosura sufre la sugestión, pues desde que observa que se la busca y contempla, aparece en su mente una idea sobre la cual se va acumulando la fuerza nerviosa que se hace crecer más y más hasta invadir por completo la conciencia a fuerza de decirla: "te quiero mucho", exactamente como el hipnotizador duerme al sujeto a fuerza de decirle: "duerme". Llega un momento en que se ama mucho, no ya la carne y la materia, sino algo inefable, el ideal, la propia idea o el alma de la mujer que viene a constituirse en ídolo de un culto particular, como pasó al Ilustre Caballero de

la Mancha con su adorada Dulcinea. Otro tanto sucede con la religiosidad; es otra sugestión. La idea llega al cerebro por la predicación o la lectura, y crece por la repetición en las constantes meditaciones y lecturas a que se sujetan las personas piadosas o que pretenden serlo. Así pasó a D. Quijote, que quedó convertido en un religioso de la Caballería Andante, orden en que profesó con un amor y entusiasmo no imitado por muchos de los que toman hábitos que pronto arrastran por senderos de maldición y de ignominia.

VII

Mas en todo caso, ya se trate de la Locura, ya de la Histeria, ya de una y otra que aparecen a la vez en el mismo sujeto, es notable la preponderancia de *una idea o de una serie de ideas*, sobre todas las demás. Los delirios siempre aparecen marcados con ese sello que ha hecho dar a las manifestaciones de las enfermedades mentales los nombres de megalomanía, delirio de persecución, melancolía, etc. Pero nunca aparece una idea aislada, sino que siempre va acompañada de otras que tienen relación con ella, las que en el estado normal también la acompañan, lo que hace de los locos personas que de tal modo razonan dentro de su propio delirio, que sorprenden no sólo la buena fé de Sancho Panza, hombre rústico y sensible a los halagos de la ambición, sino aún de las notabilidades intelectuales.

A propósito de esto, oigamos lo que dice Cullerre:

"La aparente lucidez de todos estos personajes se impone a veces a las gentes más ilustradas" y refiriéndose a esta clase de locos agrega más adelante: "Todo el mundo guarda memoria de aquel siniestro aventurero que fingiéndose diplomático durante la guerra de 1870, consiguió en la confusión del momento, que lo tomaran en serio. Entrometiéndose entre generales y ministros, contribuyó en cierta manera a las catástrofes que cayeron sobre su propio país. Su biografía que algunos periódicos han pu-

blicado en la época de su muerte, permite asignarle un puesto en el panteón de los desequilibrados". (Las Fronteras de la Locura).

De tal modo se impone una serie de ideas delirantes dejando otras en estado normal, en algunos locos, que los médicos legistas se han visto vacilantes para establecer sus diagnósticos, y han emprendido largas discusiones, afirmando algunos con sobra de razón, que la responsabilidad del que ha cometido un delito, no debe tomarse en cuenta si las ideas que lo impulsaron al acto están dentro de su particular delirio. Es decir, que nuestro Ilustre Manchego no será responsable de los atropellos cometidos contra frailes y vizcaínos, puesto que esos actos quedan dentro del radio de las caballerías. Esto quedará mejor comprendido, copiando los párrafos siguientes de la citada obra de Cullerre:

"Sin embargo, no opinan así los partidarios de la *responsabilidad parcial*, los cuales no admiten la responsabilidad total, sino en caso de locura general. Si el acusado no presenta más que una enajenación parcial, un delirio limitado a cierto número de ideas, no será responsable cuando haya obrado bajo la influencia de su delirio; pero deberá considerarse responsable siempre que el móvil a que hubiese obedecido sea extraño a la esfera de sus concepciones enfermizas. Se supone que la lesión circunscrita de su inteligencia no ha perturbado su razón hasta el punto de no haber tenido la noción de bien o de mal, ni podido oponer la menor resistencia a la presión de sus pasiones. ¿Por qué el individuo que comete un acto manifiestamente extraño a su perturbación mental, ejecutándolo con voluntad evidentemente perversa, no ha de sufrir su parte de responsabilidad como cualquiera otro culpable? Hay en esto, según los partidarios de la doctrina que exponemos, entre los cuales descuella por su elocuencia Legrand du Saule, algo que se opone al buen sentido y repugna a los escrúpulos de una conciencia alarmada.

. . . .

Para sostener esta doctrina es preciso negar, como niega Legrand du Saule, la solidaridad de las facultades, y admitir que

el individuo absorbido por una idea fija, es, sin embargo bastante dueño de lo que le resta de razón para resistir a las malas inclinaciones. No obstante, la observación atenta demuestra, y nosotros en todo el curso del presente trabajo hemos tenido el cuidado de hacer resaltar bien este punto de Clínica, que cualquiera que sea en la apariencia el círculo limitado en que impere el delirio, la inteligencia no está menos alterada en su totalidad; que no podrían germinar y desenvolverse ideas patológicas sino sobre un terreno antes enfermizo; que si la Locura es diversa en sus manifestaciones, es una en su naturaleza, y que no existe monómano que no presente, en el curso de su existencia, muchas monomanías diferentes, síntomas variables de una misma enfermedad y enfermedades ellas mismas.''

Se ve, pues, cuan frecuentes son los casos de locos que, como D. Quijote, tienen falta de juicio sólo en una parte de su constitución mental, y con una serie de síntomas concomitantes o estrechamente relacionados entre sí, que a veces hacen aparecer como cuerdos a los que realmente no lo son. Casi todos presentan una idea capital que forma el centro de atracción de otras muchas, atracción que arrastra a veces a la persona a seguir una determinada conducta. Y esto aun en personas cuyo talento e ilustración son, por otra parte, indiscutibles, como sabios, filósofos y artistas, lo cual prueba la opinión ya citada de Paul Joire sobre la histeria, de que el desarrollo de unas facultades, lleva consigo la disminución de otras.

Si de la Patología pasamos a la Psicología, tenemos fenómenos semejantes. Si se desarrollan intensamente las facultades guerreras del individuo, por ejemplo, tendremos el héroe; si se desarrolla intensamente el sentimiento religioso, aparece el místico, (extático o fanático); si domina el sentimiento de la belleza, surge el artista. Mas todos tienen su idea fija, su pensamiento capital que los absorbe, que los arrastra a seguir la senda de la vida tal y como le ordena la neurosis, y todos tienen también sus defectos compensadores.

Como en la sociedad moderna aún estamos envueltos en la bruma que de religiosidad y vana-gloria nos dejaron los siglos medio-evales, no podemos juzgar sin pasión los hechos de los que se califican de santos y de héroes; pero, como a los grandes escritores, la Psiquiatría los tiene ya anotados en el martirologio de las neuropatías. Estudiando en ellos el procedimiento psicológico, admiramos más y más cada vez la obra de Cervantes.

Así tenemos, que la idea de la penitencia para conseguir el cielo dominó de tal modo a los frailes de la Tebaida, que inventaban y soportaban las penitencias horrorosas, que no tienen otro calificativo, cuya sola lectura nos espanta. Y no solamente, sino aun en los santos más conocidos que no pertenecen al grupo citado ¿no sorprende la soberana energía, la voluntad evidentemente enfermiza con que han llevado su vida por una senda de dolores, pudiendo llevarla con menos penalidades, dentro de la misma pureza y santidad?

Sn Francisco de Asís y aquellos a quienes sugestionó con su palabra y con su ejemplo, andaban por ciudades y castillos pidiendo limosna, soportando insultos y sufriendo hambres, y a cada revés más se enardecía su celo por seguir aquella vida de lucha y de desgracia. Querían imitar a Jesucristo acercándose tanto a su modelo, que a veces se exedían en sus imitaciones. Así D. Quijote, quería acercarse más y más a los modelos de andante caballería, y a cada revés de su siniestra fortuna, cuando Sancho desfalleciendo lo tentaba invitándolo a volverse a su pueblo, él se enardecía y lo alentaba a seguir aquella vida de sufrimiento y muerte para su cuerpo apaleado a cada momento, pero de vida inefable y gloriosa para su espíritu enfermo. En uno y otro caso se ve claramente cómo una idea puede hacer cambiar el curso de la vida, a pesar de las pena-

lidades que el cambio lleve consigo. Sn Alejo, hijo de padres ricos, por ser consecuente con ellos, se casó; mas dominado por úna idea religiosa, abandonó a su mujer el mismo día de la boda y huyó de la casa paterna hacia Edesa, para mantenerse mendigando el alimento. Sus atribulados padres mandaron buscarlo, y aun a los enviados pidió limosna sin que lo conocieran.

Volvió a su casa hambriento y enflaquecido, sucio y harapiento, y como un miserable cualquiera pidió permiso en su propia casa de vivir en un rincón que por caridad se le concedió, en el cual permaneció varios años, hasta que murió, recibiendo insultos y desprecios de los mozos de su mismo padre, y lo que es más, oyendo continuamente las tristes lamentaciones de su madre y de su esposa que en vano pretendieron volverlo a ver. Sólo cuando murió supieron quien era el mendigo que se alojaba por caridad en su casa.

Si de los místicos pasamos a los fanáticos, que no son sino místicos en actividad, místicos a quienes la idea que los domina es a su vez de dominación y de mando y de actividad asombrosa, encontramos el mismo fenómeno: el cambio de vida, por azaroza que sea, con tal de realizar su pensamiento obsesionante, la idea directriz de todos sus actos: Mahoma, cuando por su matrimonio con una viuda rica pudo abandonar su trabajo y entregarse por completo al retiro, la lectura y la meditación, llegó a posesionarse tanto de sus ideas religiosas, que una de ellas tomó forma visible (alucinación) y le dijo: "predica". Esta fué una palabra mágica que después atribuyó al arcángel Sn Gabriel, palabra que le hizo abandonar su retiro y salir a predicar la religión que lleva su nombre y que profesan hoy todavía gran número de los habitantes de Asia, Africa y aun Europa. Pedro el Ermitaño, con la frase maravillosa de. . .

"Dios lo quiere" por escudo, levanta masas enormes de cristianos armados y los dirige a través de los campos inclementes y enormes, a la conquista del Santo Sepulcro. Santa Teresa de Jesús desplegó tal actividad, que llegó a fundar más de un convento por año. Con ardiente celo predican la Reforma Lutero y Zwinglio en Alemania, Juan Knox en Escocia, Calvino en Ginebra, en tanto que Ignacio de Loyola, que durante la curación de la herida que recibió en Pamplona se había entregado a la lectura y la meditación, tuvo la idea de ser el paladín del catolicismo y, como nuestro Caballero Andante, se lanza a la lucha contra los follones y malandrines gigantes de la Reforma, fundando la Compañía de Jesús.

Algo semejante a esto que ha sucedido en distintas épocas de la Historia y en lugares diferentes, sucedía más tarde en los campos de la Mancha, donde un nuevo religioso que predicaba la religión de la honradéz y de la virtud laica, perdónese la frase, del amor a toda prueba y de la fidelidad invulnerable, sufría las penalidades consiguientes a sus nunca vistas campañas. El Caballero de la Triste Figura tuvo también su dios y su ídolo a quien consagrar su vida, como lo han tenido todos los místicos religiosos. Y digo así, porque si nos fijamos en los artistas, ¿qué son ellos mismos sino místicos adoradores de la belleza? Y si pasamos a los sabios que dentro del gabinete de trabajo consumen su existencia buscando el microbio que causa la enfermedad, investigando la reacción química que produce el fenómeno del pensamiento, queriendo desentrañar los orígenes de la vida del hombre y tantas cosas más, ¿qué son sino otros tantos monjes que en el estrecho convento del gabinete rinden culto a la verdad, apartados del mundo y de sus pompas, como los frailes de la vieja Tebaida? Y los héroes y los guerreros ¿no tienen

acaso la religión de la Patria, como D. Quijote tenía la religión del amor y el culto de la galantería?

En nuestros días, los aventureros ingleses nos dan testimonio de esa aspiración que hay en el hombre hacia la aventura, por difícil y peligrosa que sea y de una energía verdaderamente heroica. Todavia recuerdo con emoción el relato de las fatigas y trabajos de tres ingleses de los muchos que han emprendido las fantásticas e inútiles expediciones hacia los polos. Se trataba de ver cual de las dos expediciones de nacionalidad distinta, llegaba primero al Polo Sur que se dice ya descubierto. A una de las expediciones, al volver, se le acabó completamente el aliento, y, después de haberse comido hasta los perros que tiraban de los trinéos, dos de los tres ingleses que formaban la expedición, murieron de hambre en medio de los hielos inclementes. El tercero, junto a los ateridos cadáveres de sus infortunados compañeros, con la mano temblorosa por la debilídad, escribió una carta que dejó dentro de una botella con otros documentos relativos a su desgraciada empresa, para que alguna vez la encontraran, como la encontraron, otros expedicionarios, y llevaran a Inglaterra el último adios de aquellos sus hijos, que, aunque desafortunados habían muerto sin desalentarse ni un solo momento en la empresa. El que escribía decía que también él moriría al poco tiempo, pues ya se sentía desfallecer por el hambre, y no había esperanza alguna de socorro, pero no quería que se ignorara que ellos habían luchado hasta sucumbir con los contrarios elementos y que, al despedirse de su Patria, querían que se supiera que ellos no habían desmentido la energía de la raza inglesa, cuyo pabellón quedaba como testimonio de élla enarbolado en la blanca y helada soledad de las regiones polares, pabellón por cuya gloria morían satisfechos, confiando en que algún día el mundo conocería

su heroica desventura, y que al morir, habían ido sin arrepentimientos ni cobardías, sino llenos de entereza y de consuelo, porque, aunque lejos, olvidados y solos, sucumbían pensando en su patria y en su raza.

La sangre se hiela de emoción leyendo semejantes relatos.

Ahora bien; cuando D. Quijote piensa que va a morir en la famosa aventura de los bátanes quiere que se sepa que muere pensando en su Señora Doña Dulcinea del Toboso y demostrando la energía de su brazo y el temple de su alma, como el inglés de la citada expedición que anhela que se sepa que muere pensando en su patria y demostrando la energía de su raza.

Las historias de las expediciones a los polos, son faces actualmente vivientes de las aventuras de D.Quijote.

Y antes, y ahora y siempre, una idea, aventurera o religiosa, científica o artística, domina al individuo y lo determina a seguir ésta o aquella dirección en su vida; ese dominio es avasallador, obsesionante y privado de todo interés egoísta o de toda utilidad particular. De ahí su grandeza, y de ahí su parentezco con la Locura y la Histeria como que no falta, en muchos casos, sino el éxito que, según sea bueno o malo, calificará al que posee la idea y la ejecuta, de santo o de sabio, de héroe o de artista, de genio o de loco. Más como quiera que sea, si es ley que *toda idea tiende naturalmente a convertirse en acto*, a objetivarse, a realzarse, según enseña la Psicología moderna, mientras eso no suceda, el sujeto padecerá las angustias indecibles de las aspiraciones, de los anhelos y de las esperanzas no realizadas. Cuando la energía nerviosa acumulada en torno de la idea, o en los centros en que ésta se produce, y que da lugar a la obsesión, se descarga en la ejecución del acto o actos que la objetivan, el sujeto siempre que su espíritu descansa, se tranquiliza y goza de una satisfacción

que no pueden comprender las almas indiferentes, aquellas que, envueltas en la mediocridad, ignoran las supremas delicias del sabio cuando hace un descubrimiento, del filósofo que resuelve un problema, del artista que en armonías o en colores, en mármoles o versos, objetiva su pensamiento para que lo contemplen los demás. E ignoran también el gozo inefable del aventurero dando término a la aventura que antes, con ansias infinitas, había contemplado dentro de su propia imaginación. Los guerreros, los conquistadores, los mismos criminales, tienen su espíritu torturado por esa inquietud doliente que constituye su neurósis. Cuando ésta descarga su energía realizando la idea, el goce estalla y en ocasiones, siguiendo la misma ley psicológica, él mismo se convierte en actos a veces contradictorios o inesplicables. Arquímedes que resuelve el problema que le torturaba la mente, sale desnudo del baño gritando: ¡Eureka! ¡Eureka! Miguel Angel al terminar su Moisés se queda contemplándolo, y lleno de emoción le da un martillazo diciéndole: ¡habla! Colón derrama abundantes lágrimas de alegría al descubrir la tierra tras de las olas revueltas del Atlántico, y D. Quijote, con el alma enchida de gozo y de honda satisfacción, se olvida de todos los héroes y exclama dirigiéndose a Sancho: "Pero dime por tu vida, ¿Has visto más valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿Has leído en la historia otro que tenga ni haya tenido mas brío en cometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir ni más maña en el derribar?" cuando acabó victoriosamente su aventura con el vizcaíno, después de la cual su espíritu descansa y aunque no le abandona la idea capital de su delirio, puede departir razonablemente con Sancho como un cuerdo de verdad.

Más ¿qué utilidad tiene la victoria para el vencedor? Ninguna. ¿Que utilidad tuvo Colón del descubri-

miento de América? Insignificante, comparada con la que obtuvo la humanidad. ¿Qué utilidad tuvieron Magallanes y Elcano con probar prácticamente la esferisidad de la tierra? Ninguna (Magallanes hasta perdió la vida en la expedición). ¿Qué utilidad han tenido Vasco de Gama, Núñez de Balboa y tantos otros aventureros? ¿Cuál es la ventaja que han tenido o tengan para sí los descubridores de helados y misteriosos polos de la tierra? Ninguna, como no sea, en todos, la utilidad personal de desarrollar su histeria o su locura. Más esa ventaja nadie la ve, y las obras resultan, en la generalidad de los casos, como inútiles para el que las ejecuta, y, por lo mismo, locuras si sus efectos no son buenos ni malos y crímines si son nocivos para otros; pero si son venéficos para los demás, entonces desinteresadas, magníficas y grandiosas. En el primer caso del autor va el manicomio; en el segundo a la cárcel o al patíbulo, y en el tercero........ después de su muerte, aun cuando lo hayan dejado morir de miseria, se le recitan versos, pronuncian discursos y levantan monumentos para perpetuar su memoria.

Pero todos esos hombres y otros muchos han tejido la Historia y han hecho que la humanidad marche hacia adelante. Los sabios y los genios, filósofos y artistas. poetas y aventureros, son los mástiles en cuyas lonas, soplando la neurósis, se desarrolla la fuerza que hace avanzar la barca del progreso hacia playas desconocidas.

VIII

He dicho en otro lugar que los diferentes elementos de educación, o sean, las varias y contantes impresiones que obran sobre el hombre modelando su personalidad, pueden ocasionar la locura bruscamente o de un modo lento, y en uno y otro caso, cambiar el curso de la vida.

Cervantes nos presenta ejemplos de esos dos casos. Çardenio es ejemplo del primero, cuya verosimilitud demuestra numerosos hechos, y cuyo mecanismo, valga la expresión, ha sido ya señalado en parte.

Lo que llamamos *personalidad,* es ese conjunto de cualidades que se han ido formando en el indivíduo mediante la instrucción, la educación, las costumbres de la familia y de la sociedad en que vive, la religión que profesa, el amor, etc. etc. Es claro, después de lo dicho a cerca de la constitución cerebral, que si esas cualidades aparecen unidas formando el todo armónico que llamamos personalidad, es porque los diferentes elementos cerebrales se han educado, diremos *habituado,* a esa unión, a esa armonía en el funcionamiento, y a un cierto modo en esa armonía, pues cada indivíduo tiene su propia personalidad.

Ahora bien; una emoción intensa puede disgregar la personalidad, disgregando, causando la separación de

los diversos centros nerviosos que, al volverse a unir, darán al individuo nueva personalidad, o un estado mental enfermo, según sea la constitución orgánica o las herencias enfermizas que traiga consigo. De ahí que aparezca la Histeria, la Locura, o un cambio brusco del carácter y de la vida, la que se orientará en el sentido de la idea o circunstancias que se presenten en el momento de la disgregación, en el cual se puede recibir, sin resistencia alguna, cualquiera sugestión.

Supongamos el caso más común: una persona, intensamente enamorada, sufre una terrible decepción. Si su constitución orgánica es fuerte, el sufrimiento no pasa de ser sufrimiento. Pero si es débil, su personalidad se disgrega, viene por tierra todo el edificio mental que lentamente se había formado por las variadas y múltiples sugestiones que constituyeron el medio en que se había desarrollado su existencia anterior, que no deja de influír en la nueva determinación, pues si la persona ha tenido educación religiosa, la decepción la inclina al convento, donde pronto se formará una nueva personalidad; si su educación anterior no era esmerada, como sucede en nuestra clase sub-media, es la prostitución o el crimen quien le abre las puertas, y pronto se verá aparecer la personalidad de la meretriz o la del criminal.

Demasiado conocido es que al convento van las decepcionadas de la vida; se dice que una decepción amorosa hizo monja a nuestra gran poetiza Sor Juana Inés de la Cruz. Ese caso es uno de los extremos, el menos frecuente. El otro es mucho más y constituye una de las infamias que más víctimas arroja a las casas de prostitución; caso como el siguiente se repiten a cada paso: En la ciudad X, estaba en una de esas casas, una jovencita de doce a catorce años, quien, al entregarse por orden de la Directora de la casa, en brazos del

amante pasajero que iba a comprar caricias a ese mercado de placer, lo hacía bañada en lágrimas, pues era el primer paso que daba en su vida de libertinaje. En pocas palabras contó su historia: amaba intensamente a su novio, éste la sedujo y la abandonó, denunciándola luego como meretriz clandestina, ante los agentes de Sanidad, los cuales, sin atender súplicas, ruegos ni explicaciones, la condujeron al lugar citado, por contravenir a la disposición que prohibe el clandestinaje. Ocho días después, las lágrimas y el recato habían desaparecido para siempre, y aquella mujer era como todas las asiladas. Pero, como queda dicho, estos son los extremos, el término medio lo forma la mayoría. La mujer que sufre un desengaño, se recluye en su casa o se separa de la familia, dominada por la vergüenza, como hace Dorotea después del mal procedimiento de D. Fernando.

Cuando la herencia ha preparado el terreno, aparecen las enfermedades nerviosas. En la ciudad citada se han dado varios casos de histerismo determinado por la sola noticia del matrimonio de los pretendientes. En un caso hubo pérdida de la razón.

He citado a la mujer, por ser en ella más frecuente el fenómeno; ya por ser de constitución más delicada que el hombre, ya también por ser éste quien de ordinario provoca los citados fenómenos con su no muy correcta conducta. Mas he aquí el caso de un hombre: en una ranchería vivía, vive todavía, un hombre que estuvo enamorado de una mujer con la cual pretendía casarse; la mujer cambió de opinión intempestivamente y, sin más aviso, se casó con otro; el primero perdió la razón, quedando sumido en profunda melancolía y en una especie de idiotez. Este caso es, en cuanto a la causa, el mismo de Cardenio, aunque en éste es otra la forma de locura; pero es idéntica la causa ocasional.

Volvamos ahora a nuestro insigne Manchego, y con él a ver la verosimilitud de la causa que se le señala a su locura. Esa causa es de las que obran de manera mas o menos lenta modificando el carácter.

Desde luego nos indica Cervantes dos circunstancias importantes, como son la mala alimentación y el poco dormir de D. Quijote, y la no menos importante de su avanzada edad. Teniendo en cuenta esos antecedentes, resolvamos estas dos cuestiones: ¿es posible, natural y frecuente que la lectura constante trastorne la razón? — ¿Es posible, natural y frecuente que la lectura constante cambie el curso ordinario de la vida y determine al hombre en las grandes empresas?

La primera cuestión queda resuelta señalando casos en que la lectura ha causado la pérdida de la razón; más los ejemplos no podrían ser tantos que demuestren su frecuencia, porque no lo consienten los límites de este trabajo, pero, como en los pueblos pequeños los cerebros están menos debilitados y menos propensos a la locura, puesto que el medio en que se desarrollan es más tranquilo y muy escaso de trabajo mental, si en esos pueblos se ha dado el caso de locura provocada por la lectura, es evidente su frecuencia en las grandes poblaciones donde el trabajo mental es intenso y las causas debilitantes infinitas. Por otra parte, es en un pueblo donde pierde la razón D. Quijote.

Hace varios años que en un pueblo en los "ejercicios espirituales" que se verificaban anualmente en la Parroquia de aquél lugar, se vieron dos casos de locura provocada por la lectura constante de lo que algunos libros místicos llaman "verdades eternas", principalmente a lo relativo a la muerte y al infierno. Esas lecturas, como es bien sabido, se dan a personas que permanecen recluídas y en el mayor silencio posible durante nueve días, sin que impresiones distintas "pertur-

ben el ánimo". La concentración del pensamiento hizo estallar el delirio con ilusiones auditivas y alucinaciones visuales; los enfermos veían los lugares del eterno tormento tales cuales están descritos en "Los Ejercicios de San Ignacio", y en cualesquiera ruídos escuchaban insultos y amenazas de los ministros de Satanás. En uno y otro caso, el enfermo pasó de la casa de la oración y el arrepentimiento a la de su familia, donde el cloral y los bromuros lo redimieron a las penas merecidas no por sus pecados, sino por los de sus antecesores que les legaron una herencia de infortunio.

Los casos confirmados han sido de locura confirmada y general; pero en D. Quijote tenemos la locura parcial, relativa solo a ciertas ideas que forman su constante obsesión, el centro de sus aspiraciones y el polo magnético que atrae intensamente su existencia, la cual ha cambiado su curso ordinario, pues aquél ha abandonado su pueblo y el cultivo de sus tierras para lanzarse en pos del ideal soñado, por los caminos que le señalara el beleidoso destino.

Basta dar una mirada en cualquiera dirección al gran manicomio de la historia para encontrar multitud de ejemplos en que el fenómeno mental es idéntico o muy semejante al que Cervantes nos enseña en el Quijote, aunque la idea directriz de la vida o del delirio sea otra distinta de la caballería. D. Quijote se recluye algún tiempo en su casa a leer libros de caballerías, y se sujestiona de tal modo, que se imagina ser caballero y acaba por creer que son reales sus ensueños, como Mahoma que en su retiro se entrega a la lectura de obras religiosas, se sugestiona, sueña ser profeta, cree reales sus ensueños, tiene alucinaciones en que se le aparece el Arcangel Gabriel y se lanza por el mundo a fundar una religión, de acuerdo con sus delirios, abandonando su antigua vida de conductor de carabanas.

Santa Teresa de Jesús cuenta en su autobiografía, que una amiga suya abandonó las alegrías vanas del mundo y se dedicó al servicio de Dios, haciéndose monja, por la lectura. Y aún la misma santa dice que en un principio no sentía vocación para ser religiosa, pero se determinó a serlo después de algunos meses de leer constantemente libros que le inspiraron su ingreso al convento. La lectura del "Hortensio" hizo a San Agustín cambiar de vida. El mismo dice:

"Este libro trocó mis afectos y me mudó de tal modo, que me hizo dirigir a Vos Señor, mis súplicas y ruegos, y que mis intenciones y deseos fueran muy otros de los que antes eran. Luego al punto me hicieron despreciables mis vanas esperanzas, y con increíble ardor de mi corazón deseaba la inmortal sabiduría, y desde entonces comencé a levantarme para volver a Vos."

Sabido es que la primera parte de la vida de San Agustín es completamente opuesta a la segunda.

Largo sería multiplicar los ejemplos. La influencia de la lectura es tal, que constituye uno de los medios mas extendidos para la educación. El comercio la emplea constantemente para hacer creer en la suprema bondad de las mercancías. La Medicina la emplea con éxito sorprendente, ya para disponer favorablemente al enfermo y curarlo de manera directa por medio de la sugestión propiamente dicha (Terapéutica Sugestiva), o bien de manera indirecta, trasmitiendo la sugestión por medio de gránulos de azucar en cuya virtud se hace creer, como en el Bálsamo de Fierabrás, por medio de la lectura, aún a las personas más talentosas e ilustradas (Homeopatía).

Es, pues, soberana la influencia de la lectura, y si produce fenómenos sorprendentes en las personas que se dicen normales, con mayor razón produce obsesiones, ilusiones y alucinaciones que cambien de curso a la vida, en personas que, como D. Quijote y los religio-

sos, están preparados para éllo por la mala alimentación y el poco dormir, o sea, el ayuno y el insomnio, que son eficaces colaboradores en la producción de las neurósis.

Hasta el procedimiento psicológico está perfectamente en la obra de Cervantes, puesto que el ayuno y el insomnio predisponen el cerebro para grabar las ideas; éstas, repetidas constantemente por la lectura, se conviexten en *ideas fijas*, las cuales, creciendo, pasan de la zona propia a la del sentimiento, invaden poco a poco la conciencia llegando a objetivarse de tal manera en la imaginación, que el sujeto las ve, es decir, se produce la alucinación, y la alucinación da lugar al movimiento y a las acciones que realicen la idea, porque como se ha dicho ya, toda idea tiende naturalmente a objetivarse, a realizarse, y de ahí la actividad, de muchos religiosos después de cierto tiempo de reclusión en la lectura y la meditación.

Dice Murisier: (Enfermedades del sentimiento religioso.)

"Que observaciones precisas hechas en América sobre algunos sujetos mantenidos en estado de vigilia durante cuatro días próximamente, han permitido comprobar en éllos una disminución de la atención y la memoria, al mismo tiempo que una marcada disposición a las alucinaciones". Y en otro lugar: "Se sabe que la idea fija, llegada a su pleno desarrollo da origen ya sea a alucinaciones, ya a movimientos y acciones........Catalina de Siena, después de un periodo de mistisismo, renunció a la vida solitaria. Entonces tuvo una visión decisiva. Se le aparecieron los fundadores de las grandes órdenes monásticas; élla dejó alejarse a aquellos que impusieron a las monjas una clausura demasiado absoluta y el olvido del mundo. Presentóse por fín Santo Domingo, que extendió sobre sus hombros el manto de las hermanas hospitalarias de la penitencia, afiliadas a los hermanos predicadores. Poco después Catalina de Siena se hizo admitir en esta orden militante. En otra época y en un medio muy diferente, G. Fox el fundador de la sociedad de los Kuákeros, vió "pueblos tan es'

pesos como los átomos en el sol" conducidos al aprisco del Señor. Su mirada, "vuelta hacia el Septentrión" contempló un gran pueblo que lo acogió bien y se aprestó a escucharlo. Al instante, sucediendo a aquella alucinación fenómenos mayores, púsose a predicar sobre la montaña en que se encontraba solo, como si estuviese en presencia de un numeroso auditorio. En nuestros días, Guillermo Monod tuvo varias visiones del mismo género. "A la súplica de Jesucristo, Dios, su padre, descendía. Yo no veía nada; pero oía su voz como proveniente del cielo. Jesucristo me ordenaba tenderme en el suelo cuando Dios venía. Me hallaba asustado, con el rostro pegado a la tierra, mientras Dios mismo hablaba, y sin embargo me alegraba oír su voz. Me hablaba de sus planes para la conversión del mundo".

Está,pues, en el Quijote, perfectamente marcado el camino natural y psicológico de la neurosis; preparación del terreno por el insomnio y el ayuno; fijación de la idea de la caballería por la constante lectura; la idea de la caballería crece hasta formarse la obsesión; el enfermo pierde poco a poco la memoria del mundo en que vive, se hace cada vez más insensible a las impresiones exteriores y más sensible a las interiores que toman en su mente todas las experiencias de la realidad; llega la alucinación y las ilusiones, y el enfermo se cree ya vivir la vida señalada en sus lecturas. De ahí a ponerla en práctica no hay más que un paso, y D. Quijote lo dió, como lo han dado tantos en el mundo, locos y no locos, o semi—locos que diría Graseet. He señalado ejemplos de místicos para probar la naturalidad y verosimilitud del procedimiento psicológico, porque esos he tenido a mano, y porque, al fín y al cabo, D. Quijote no fué otra cosa que un místico del amor y de la caballería andante.

IX

Como queda dicho, a todo proceso morboso mental, corresponde uno psicológico normal. Ahora bien; en el cambio de nombres se verifica la misma ley. Parece que hay en el espíritu humano una tendencia natural a cambiar de nombre cuando se cambia de vida o se asciende en la escala de los honores o las dignidades. En los estados de locura se advierte esa tendencia, como si la idea del cambio de nombre estuviera naturalmente unida a la megalomanía o a los centros nerviosos cuya alteración produce esa forma de locura, así como también, en el orden mental ordinario, la misma idea es solidaria del sentimiento de grandeza que el hombre tiene en su estado de cordura. En otros términos: el hombre tiene en su cerebro un centro nervioso donde radican las ideas de grandeza, y en su personalidad modelada por la herencia, el medio y la educación, los sentimientos de grandeza, ya latentes, o en estado de actividad. Pues bien, esos sentimientos, aun en el estado que llaman normal, tanto como en enfermizo o "morboso" como decimos los médicos, llevan como acompañante con muchísima frecuencia la idea del cambio de nombre. Ya loco, ya cuerdo, el hombre hace instintivamente este razonamiento: "En la vida social que hasta hoy he llevado, he tenido por nombre X; voy

a cambiar de personalidad social, luego debo cambiar de nombre"· Y cuerdos y locos lo llevan a la práctica

D. Quijote, al cambiar su personalidad, al salir de obscuro lugareño para entrar en la orden de la caballería, al ascender a la para él más alta dignidad de "señor caballero andante", siguió la regla frecuente en Patología y ley psicológica ordinaria.

Respecto de lo primero, basta dar desde luego algunos de los detalles de la histeria que se verá más adelante del megalómano a quien llamaban Hilacha Ardiendo, para comprobarlo. Si D. Quijote caviló durante cuatro días para encontrar el nombre que debería tomar él y los que debía de dar a Alfonza Lorenzo y a su caballero, I. Mesina se pasó semanas enteras pensando el nombre que debía llevar ya no en el elevado puesto público que le correspondía por sus buenas relaciones con el poderoso y nunca por sus compatriotas bien apreciado Dictador, sino siquiera como poeta que tan conocido era en todo el punto X, ya que a cuanto amigo encontraba le hablaba en verso, hasta que, como luminosa idea de inspirado le vino a las mientes el nombre con que firmó los disparatados versos que se publicaron en hojas sueltas: Onésimo Rey Fad. Y sus cavilaciones no terminaron con tener otro nombre él, sino que siguió buscando en los más apartados rincones de su imaginación calenturienta el nombre que debía poner a su pequeño hijo, como hijo de un personaje tan elevado y de un poeta tan inspirado. Cuando se le ocurre el nombre que buscaba, como D. Quijote, salta de gusto y, aunque es media noche, despierta a su esposa pidiéndole el libro genealógico para anotar este nombre: Olfiris Olisveo.

Todas las grandezas, conocidas o ignoradas, tienen esa manía, ya sea que pertenezcan a la Religión, a la

Política, a la Literatura, ¡qué más! hasta los que se dedican a la salvaje profesión de los toros, que consideran una dignidad, tienen la manía de cambiar de nombre. Basta una ligera ojeada por el campo de la Historia, y los ejemplos surgen como por encanto: Hildebrando sube al trono pontificio con el nombre de Gregorio VII, Wiberto de Rávena con el de Clemente III (antipapa), Desiderio de Monte Casiano con el de Victor III, Otón de Ostia con el de Urbano II, Annibal de la Genga con el de León XII, Capellari con el de Gregorio XVI, Mastai Ferratti con el de Pío IX, Joaquín Pecci con el de León XIII, José Sartu con el de Pío X; Enrique de Navarra subió al trono de Francia con el nombre de Enrique IV, Fernando de Antequera (en España) se llamó Fernando I de Aragón, etc. En la Literatura, Juan Bautista Poquelin se llama Moliére, Francisco María Arouet se llama Voltaire, María de Rabutín-Chantal es Madame de Sevigné, Cecilia Bohl de Faber es Fernán Caballero, Aurora Dupin es Jorge Sand, etc.

Por ùltimo, es costumbre general de las comunidades religiosas el cambiar de nombre a todos los que ingresan a ellas, lo cual es muy conocido de todo el mundo.

En cuanto a dar nombre al caballo, ya lo habían hecho Alejandro el grande en la antigüedad, y posteriormente, pero mucho antes que nuestro Caballero D. Quijote, el famoso Cid Campeador D. Rodrígo Díaz de Vivar, para no citar sino personajes de fama universal. Los doce Pares de Francia, los famosos capitanes de Carlo Magno, de épico y legendario prestigio, dieron nombre aun a sus espadas.

Es digno de notarse que siempre que se verifica un cambio de nombre, ya en la persona o en los anima-

les y objetos que le pertenecen, hay una idea de grandeza o dignidad. Parece, pués, que la idea del cambio de nombre está naturalmente adherida a la de grandeza que normalmente tenemos todos los humanos y que, exagerada hasta lo enfermizo, constituye la Megalomanía.

X

El mismo Cervantes llama la atención sobre el curioso fenómeno que presentan muchos locos, casi todos los que tienen el delirio parcial, de que, con excepción de las ideas que integran éste, en todo lo demás se presentan como personas cuerdas. Así, dice el Cura:

"Pues otra cosa hay en ello, que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes a su locura, si le tratan de otras cosas discurre con bonísimas razones y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo, de manera que como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento."

Además, la megalomanía es la forma de locura que más se adecúa a ese claro que deja el delirio, porque se aviene perfectamente con casi todas las situaciones y aun las ayuda a veces admirablemente, como que todas las grandezas de la vida y de la Historia se deben al delirio de grandeza. Pero, antes de ver los ejemplos históricos que demuestran la semejanza, casi igual de nuestro héroe con los del mundo real, me permito señalar un ejemplo clínico en el que se vé con toda claridad cómo los megalómanos piensan en todo al igual de los cuerdos, y como tales obran siempre que no se trate de ideas o sentimientos que estén dentro del radio de su delirio.

Hubo en una de las ciudades en que he ejercido la profesión, hace algunos años, un arrendador de caballos llamado Ildefonso Mesina, que padecía de la forma de locura que estudio. Se decía a sí mismo poeta y a todos los amigos que encontraba les hablaba en verso cuando éllos así lo pedían. Casi todos los entonces estudiantes del Seminario lo deteníamos en la calle para que nos "improvisara poesías", lo que siempre hacía de muy buen agrado, y las tales poesías no eran sino la misma conversación puesta en versos octasílabos y a veces sin medida fija, pero salpicados de asonantes y consonantes. Si hubiera tenido cultura, Mesina habría sido de seguro un hábil versificador. Mas la poesía no era precisamente su *lado flaco*: él se creía ser el Gobernador del Estado por ley y razón, "pues ya el Gral. D. Porfirio Díaz lo había designado para tal puesto", siendo un usurpador el Sr. Francisco Sta. Cruz, entonces Gobernador de aquella Entidad Federativa. Que sus facultades. saliendo de la gobernatura, se encontraban en perfecto estado, lo prueba el mismo oficio que tenía y desempeñaba admirablemente, montando siempre muy buenos y briosos caballos, de los cuales sólo bajaba para comer y dormir. En sus conversaciones, aunque fueran en verso, revelaba un talento nada común. Los empleados de la oficina de correos tuvieron la mala ocurrencia de escribirle cartas supuestas ser del Gral. Díaz, a las que contestaba muy formalmente Mesina, a quien llamaban «Hilacha Ardiendo».

Su megalomanía aumentó, y ya desde entonces cada vez que lo encontrábamos no nos hablaba de otra cosa, en prosa o verso, que de su futuro advenimiento a la Gobernatura del Estado, así como de asuntos ligados a sus ideas de grandeza. Nos decía una vez que, co mo él sería Gobernador, su hijo debía cambiar de nombre y no llevar el que había llevado cuando era hijo de

un simple caballerango, y duró muchos días buscando el nombre adecuado. Un día, mejor dicho, una noche, la inspiración nominalista le sonrió y apareció en su mente este nombre: Olfiris Olisveo. Inmediatamente despertó a su mujer pidiéndole el libro genealógico para anotar aquel nombre. Por su parte él, o más bien los que de él querían reirse, le pidieron unos versos escritos para publicarse, como se hizo, en hojas sueltas, en las cuales firmó: «Ildefonso Mesina, su pseudónimo como poeta, Onésimo Rey Fad». El tiempo pasaba sin que el Sr. Sta. Cruz lo llamara para entregarle la primera Magistratura del Estado. Los empleados del correo siguieron en su empresa de engañarlo entregándole cartas supuestas a las que él contestaba muchas veces en verso, contestaciones que refería a los amigos, y con tal formalidad y tan cuerdamente hablaba de su gobierno futuro, que quien no lo conocía de antemano no podía juzgar falsedades lo que hablaba. Por fín, los empleados del correo le entregaron una carta en la que se le decía que si el Sr. Sta. Cruz seguía renuente a la entrega del poder, que se lo arrebatara por la fuerza, e Hilacha Ardiendo no esperó más: llegó al Palacio del Gobierno, desmontó y sable en mano intentó subir al salón de acuerdos para reclamar personalmente al Sr. Sta. Cruz la entrega de su puesto. Fué detenido por los empleados y, por orden del Gobernador, internado en la cárcel, pues además de su intento se permitió proferir insultos contra aquel y contra los que lo detuvieron. Enterado Sta. Cruz del mal que padecía y bajo la responsabilidad de personas honorables, se le concedió la libertad, engañándolo artificiosamente para hacerlo que esperara en las para él justas reclamaciones al Gobierno, o, hablando en términos vulgares: «le dieron por su lado». Por demás está decir que, según él mismo, en todo lo que platicaba y se refería a su futura gestión

administrativa y a sus relaciones con el Gral. Díaz, siempre era admirable y admirado en todo y todos lo tenían en un concepto elevadísimo.

Al citar este caso, quiero hacer notar cómo hay en los locos. en los que no son epilépticos principalmente, un lugar para ciertas ideas y, fuera de ellas, el enfermo aparece como cuerdo y hasta genial. Así, por ejemplo: el talentoso escritor francés Balzac, era un megalómano y tenía la manía ambulatoria, tanto que nunca sabían su domicilio, que cambiaba frecuentemente, ni sus parientes más cercanos. Por eso no se le pudo encontrar cuando se le buscó para que hiciera su servicio en la Guardia Nacional. El mismo decía ser "uno de los mariscales de la Literatura moderna", y decía también que con Napoleón, Cuvier y O' Connell formaba el cuadrilátero de hombres que mayor influencia habían ejercido en el siglo. Jorge Sand dice que siempre hablaba de sí y que la conciencia de su grandeza desbordaba en él. Decía de sí mismo en una carta a Madame Haúsca: Yo hubiera llevado una sociedad en mi cabeza; lo que Napoleón había comenzado con la espada, lo hubiera acabado yo con la pluma". - Tolstoy quería "ser el primer sabio de Rusia.

La megalomanía es la forma de locura en la cual la idea exagerada del propio valer se enseñorea absolutamente de la conciencia. Es el delirio de la grandeza, la cual se convierte en realidad, si la grandeza del delirio no llega hasta equivocar al sujeto, y si éste tiene a su alcance los recursos necesarios para la ejecución de sus soñadas proezas. Alejandro Magno desde niño tenía la obsesión de la conquista y se deleitaba en la lectura de épicas hazañas cuyos héroes fueron para él objeto de mística contemplación. Apenas fué dueño del reino de Macedonia por la muerte de su padre, dejó la vida contemplativa y pasó a la ejecutiva, conquistando todo

lo conquistable que encontró a su rápido paso por el mundo, pues que pronto la muerte lo detuvo en su carrera de triunfador, a la cual se había lanzado porque se creyó seguro de su propio valer, porque creyó él mismo en su grandeza.

¿No fué acaso un delirio de grandeza el que levantó las colosales pirámides de Egipto? Julio César ¿no tuvo conciencia de su propio mérito cuando emprendió la conquista de las Galias? Y Aníbal, ¿acaso no se creyó más grande que lo más grande que había en aquel tiempo, el Imperio Romano, cuando personalmente (pues careció de la aquiescencia de Cartago) lo retaba y acudía a medir sus fuerzas con aquel coloso en fiera y descomunal batalla, después de atravesar los Alpes?

Todos los grandes han tenido una exagerada idea de sí mismos, por eso han sido grandes. El que se juzga pequeño nada hará que valga, pues antes de luchar empieza por derrotarse a sí propio. Y que los grandes, no por figura retórica, sino de verdad, han sido megalómanos, han tenido su cerebro enfermo, lo prueban sus biografías que, en medio a la narración de sus hazañas, nos presentan las descripciones de sus miserias morales; sus extravagancias y crímenes o las enfermedades nerviosas que padecieron ellos o sus parientes o progenitores. Así, Alejandrc Magno tenía indomables accesos de furia; fué homicida y murió casi loco; su hermano Arrhideo era imbécil, y su padre, Filipo, de costumbres depravadas, pérfido y feroz Julio César era epiléptico; Cronwell hipocondriaco; Carlos V. tartamudo en su infancia y epiléptico hasta que se casó; tuvo dos hijos, los dos grandes y enfermizos a la vez: Felipe II, fanático melancólico, sensual y cruel que murió casi loco, y D. Juan de Austria, el célebre capitán triunfador de los turcos en Lepanto y a cuyas ór-

denes militaba Cervantes, estéril y de espíritu enfermizo y quimérico. Pedro el Grande fué epiléptico: Napoleón creía en los hechiceros y adivinos, estaba dominado por el miedo al número 13 y juzgaba la letra M como fatal, etc.

Uno de los mégalómanos modernos, en mi concepto el hombre más grande que ha tenido la América y cuya figura hace poco que desapareció del horizonte político, es don Cipriano Castro, el célebre ex-dictador de Venezuela. La fortuna lo ha derrotado y por eso su grandeza aun no ha llegado a la meta a que lo destinaba su neurosis, o quizás sea la misma neurosis la que, pasando los límites que debía, lo ha precipitado en el abismo, pues la suma confianza que tuvo en su protegido, su hijo adoptivo desde hacía más de veinte años, fué causa de su caída. Según él mismo decía, estaba llamado por la Providencia o por el destino para superar a todos los héroes latino-americanos anteriores a él. «Bolívar, Hidalgo y San Martín hicieron la independencia política de la América española; pero ésta, socialmente, sigue dependiendo de Europa y yo estoy llamado a hacer la independencia social.» Castro era del temple de D. Quijote, no le importaba el enemigo: retó a los Estados Unidos, retó a Italia, retó a Francia, a estas tres naciones juntas, y cuando una triple escuadra se presentó en aguas venezolanas, con un rasgo de genio y de audacia hizo que se retirara el enemigo como por encanto, sin disparar un solo cañonazo. Creo que todos recuerdan cómo se operó ese milagro. El Judío Errante de los Mares, como le ha llamado la cólera impotente de sus enemigos después de caído, fracasó, como D. Quijote, por sus ilusiones. Creyó ver un caballero legendario en su protegido Vicente Gómez a quien desde veinte años antes había tratado como a su hijo adoptivo, y eso fué una ilusión. La ingratitud de

Gómez, al decir de Gómez Carrillo, quien lo entrevistó en Berlín poco despues de la operación quirúrgica que le practicó el Dr. Israel, fué lo que más mortificaba al hombre más grande que ha tenido la América Latina. Pero cuando dice ser llamado a superar a todos sus antecesores realizando la independencia social de esa América, nos recuerda aquellas palabras de D. Quijote:

"Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro o la dorada, como suele llamarse: yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos; yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los Doce de Francia y los Nueve de la Fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y los Beliauises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en éste en que me hallo tales grandezas, y estrañezas y hechos de armas, que escurescan las más claras que ellos ficieron."

No cabe duda que Castro fué un neurópata, más con todo y lo que en contra de él se ha vociferado, la verdad es que fué el Aníbal Americano. Su vida fué una epopeya de grandeza y de desgracia; la primera lo hizo aterrorizar al Coloso del Norte; la segunda lo cubre con el sambenito de la megalomanía.

En toda la obra de Cervantes aparece constante la idea fija, la obsesión de la caballería y del amor. Exactamente eso pasa en los "locos lúcidos;" parece que tienen una laguna mental, una especie de eclipse de ciertas facultades, dejando que otras aparezcan abultadas, y apenas una conversación entra al radio en que domina el delirio, el enfermo no se contiene, saltan en explosión favorable o adversa las ideas y sentimientos contenidos en aquella laguna cerebral. Mientras Cardenio cuenta su historia y elogia cuanto quiere a su adorada Lucinda. D. Quijote permanece silencioso y

atento; más apenas oye que a Lucinda agradan los libros de caballerías, y a pesar de la condición que había aceptado de no hablar hasta concluir la historia, exclama:

"Con que me dijera vuestra merced al principio de su historia que su merced de la señora Lucinda era aficionada a libros de caballerías no fuera menester otra exageración para darme a entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuviera tan bueno como vos, señor le habréis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda. Así que, para con migo no es menester gastar más palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento que con el solo haber entendido su afición, la confirmo por la más hermosa y más discreta mujer del mundo".

Más o menos esbozado, todos padecemos el mismo defecto. Vulgar es la siguiente observación: si entre católicos, supongamos, se habla de algún libro, para que se les considere adornados de bellísimas cualidades. Háblese de política, y sucederá otro tanto: «Fulano es liberal;» pues entre liberales no se requiere más para juzgarlo por persona honorable y talentosa. Y así sucesivamente.

Hasta aquí hemos visto en D. Quijote, la comprobación de la ley psicopatológica: *Todo fenómeno enfermizo corresponde a un fenómeno normal.* Las ideas y sentimientos abultados exageradamente en el hidalgo, están todos latentes en el cerebro humano. Se nos preguntará: ¿la caballería en sí y la galantería, corresponden o han correspondido alguna vez a una realidad? Bien está que el hombre se muere y se mata por la mujer amada mas ¿por una desconocida como la Princesa Micomicona o la Reina Madásima? Examinemos estos puntos.

En cuanto a la caballería, no es cierto que los doce Pares de Francia fueron hombres tan robustos que

pudieron resistir el combate a espada durante horas enteras, y menos que un solo caballero pudiera contener dos o tres adversarios armados, como él, también con espadas. No es cierto que aquellos intrépidos capitanes de Carlo Magno tuvieran tal vigor en el brazo que de un tajo partieran de medio a medio al enemígo que se les ponía delante. Pero sí es cierto que en aquellos tiempos de barbarie, la fuerza bruta era la que decidía en muchas ocasiones de la justicia o injusticia en las cuestiones personales y políticas. Ahora, en estos tiempos de cultura y civilización tan elevadas, y en un medio tan distinto; ahora que ya no se ve nunca el triunfo de la fuerza sobre la razón y la justicia, nos parece mentira que haya habido tiempos y lugares en los que los mejores argumentos y las razones más convincentes se llevaban en la destreza del puño y en el filo de la espada que siempre colgaba del cinto: En nuestros tiempos de dulzura y suavidad de costumbres, vemos con extrañeza que un hombre como D. Quijote quiera sostenerse contra muchos fiado en el brazo robusto y en el valor personal, por ser cosa que repugna a la civilización actual, según la que todo se hace conforme a los preceptos señalados en el código de cada país, sin importar, ya no digo el valor personal, o la destreza en el manejo de las armas, pero ni siquiera el número, porque nadie es capaz de atropellar al débil apoyado en la multitud que lo sigue y obedece. Pero en aquellos tiempos así pasaba por eso todos traían la espada al cinto, y quien tal hacía tenía obligación de saberla manejar, pues con ella se discutían todas las opiniones, como lo demuestra aquello de que:

"Entre gente encopetada
y caballeros de nombre,
la mejor razón....la espada".

Aun por cuestiones valadíes, como al encontrarse dos galanes frente a la ventana de una misma hermosura, en las noches de luna, a la plateada luz de ésta salían a relucir los aceros y después de unos minutos, quedaba un hombre sin vida en el terreno. Nosotros, los hijos felices del siglo XX que sólo de nombre conocemos el olor de la sangre, estamos muy lejos de esos tiempos y no pensamos nunca defendernos de atropellos, no sólo contra muchos, pero ni contra uno solo, y es que ahora, como ya no hay quien cometa atropello alguno, sueño nos parecen las caballerías, pero no fueron sueños, hubo caballeros de verdad y de verdad galantes y heroicos, lo que sucede es que nuestro medio es muy distinto y no podemos comprenderlos. Por otra parte, sus cualidades no fueron tan exageradas como nos lo cuentan sus historias legendarias.

Respecto de la galantería, también parece que D. Quijote no tiene fundamento para su delirio, y es muy principal, puesto que es el objeto del caballero andante, más que otra cosa, atender a las demás, por eso se presta tan de buen grado a ir a defender a la princesa Micomicona contra el gigante que le usurpara su reino. Además, D. Quijote salta hecho una furia cuando se insulta a la reina Madásima suponiéndola deshonrada. Tampoco esta galantería exagerada parece tener su correspondiente en el orden normal; pero es que nuestra mentalidad está formada y reformada y ya no quedan esas ideas que vivieron en los cerebros de nuestros lejanos antepasados. Han desaparecido los centros nerviosos que correspondían a esas ideas que existieron en otro tiempo en la mentalidad y escasa cultura de los siglos medio-evales. Siguiendo el sistema adoptado de señalar casos concretos para demostrar cada asercion, recordaré a D. Francisco de Quevedo, contemporáneo de Cervantes. Este célebre satírico español, aunque tu

vo fama de no ser muy correcto en cuanto al lenguaje delante de las mujeres, fué hombre de su época, y una vez que al entrar a un templo oyó a un indivíduo insultar a una señora, lo desafió, saliendo del templo se batió con él y lo mató. La señora era para Qüevedo una desconocida; pero ¡que importa! bastaba que era mujer. Eso sucedía en tiempos atrazados y de escasa cultura, cuando a la mujer se le consideraba como ser débil y digno de protección. Hoy, en siglo de progreso cuando la mujer se ha elevado y disputa al hombre la vida en los comercios y oficinas públicas, ya el hombre no defiende, no digo a una desconocida, pero ni conocida, y no sólo, sino que habiéndose elevado la mujer al nivel del hombre, suele éste serle descortés en palabras y aun en hechos, como puede observarse en la oficina de pago para el profesorado (en la Capital de la República), donde hombres y mujeres de cierta cultura y de traje decente, se tratan a empellones y con no muy pulcras palabras. En los tiempos bárbaros sucedía otra cosa; la mujer era tratada como débil, no permitiéndosele trabajar sino en los quehaceres del hogar; era el objeto de amor del hombre y se le tenía llena de delicadezas y de ternuras, de cariños y aun de veneraciones. Esa galantería estaba ya en la mentalidad de la raza, por eso un hombre no toleraba que delante de él se hiciera a una mujer la menor descortesía, aun cuando fuera una desconocida. Es, pues, verosímil la galantería del Quijote, lo mismo que la caballería, como fundadas en la naturaleza del hombre, no del hombre moderno, sino del hombre de las pasadas edades.

¿Por qué se acabaron aquellos hombres heroicos y galantes, capaces de dar la vida por una mujer, aunque fuera una desconocida? y de desafiar las iras de muchos adversarios a la vez, aunque fueran un batallón? Por la sencillísima razón de haberse inventado la pólvora. Or-

ganizados los ejércitos con un nuevo armamento, la infantería dió cuenta muy pronto con la brillante caballería medio-eval, con lo que también se acabó el imperio de la fuerza bruta, y se conquistó para el mundo la dignificación de la mujer y el dominio absoluto de la paz y de la justicia

---

XI

Termina la primera salida de D. Quijote, con una exaltación casi furiosa de su delirio, en el cual se hace la ilusión de que su vecino Pedro Alonso es el Marqués de Mantua, y el propio D. Quijote es Baldovinos o Abindarráez, y en esta creencia llega a su casa. No es raro ver en los locos el que no sólo vean en otras personas a los personajes de sus lecturas, sino que ellos mismos se creen la encarnación de uno o de alguno de aquellos.

R. A., de familia neuropática, pariente de un sacerdote católico, presentó en 1909 un acceso de delirio agudó que le duró seis días. Ese delirio, que mucho alarmó a la familia, empezo en la ciudad X., el enfermo fue llevado a otra ciudad, donde tuve ecasión de atenderlo. En el trayecto de una a otra población no cesó de creerse Jesucristo cuyos milagros, recuerdo de sus lecturas piadosas, pretendía realizar causando la tristeza de los miembros de su familia qur lo acompañaban, y la hilaridad de los pasajeros que en aquel día hacían el viaje a bordo del ferrocarril. Recordó la "multiplicación de los panes," y arrojaba el sombrero por el viento diciendo: la multiplicación de los sombreros"; se quitó el saco y luego el chaleco, haciendo la misma operación y agregando: "la multiplicación de

los sacos........la multiplicación de los chalecos.'' No siguió en sus milagros porque se le sujetó para que no quedara desnudo. En Guadalajara, cuando yo lo ví, sus pretensiones habían descendido un poco; ya no se creia Jesucristo, sino su Vicario, y en calidad de Papa daba sus bendiciones a todos los que se le presentaban, luego se arrodillaba a hacer oración, etc. etc., Las noches anteriores habían sido de insomnio y se había negado a tomar alimeuto, alcanzando su delirio la exaltación.

Cervantes no pierde detalle. En vez de encontrar alguno que contraríe su descripción, sólo se encuentran los que la confirman. Si el gran mérito literario del novelista está en caracterizar sus personajes, el loco está admirablemente carácterizado en la novela inmortal. D. Quijote llega a su casa en pleno delirio agudo, ya no creyéndose D. Quijote de la Mancha, sino Baldovinos o Abindarráez, precisamente después del ayuno y del insomnio de las noches anteriores, a lo que se agrega el poderoso excitante de la paliza que dió el bastardo Roldan que era "el solo opuesto a sus valentías.''

Este último constituye otro detalle clínico importante: los megalómanos frecuentemente creen que alguien se opone a la realización de sus proezas, pero no le temen, como los que padecen el delirio de persecución, sino que, al contrario, lo buscan y lo esperan, lo asechan y provocan con el deseo de luchar con él. Así, el megalómano ya citado en otro lugar que pretendía el Gobierno del Estado de X. a quien llamaban "Hilacha Ardiendo", creía firmemente que D. Francisco Santa Cruz era su opositor que usurpando el poder lo privaba de sus derechos, dando lugar esa creencia al chusco episodio ya referido. Ese mismo episodio demuestra cómo los locos tienen sus momentos de

exaltación en el delirio ordinariamente pacífica. Hilacha Ardiendo, ordinariamente inofensivo, tuvo sus momentos en que, espada en mano fué al Palacio del Gobierno a disputarle el puesto al Gobernador, como queda dicho.

D. Quijote tiene períodos en que su delirio alcanza grande intensidad y otros en los cuales parece hasta haber desaparecido por completo, como por ejemplo, cuando habla con los cabreros y lanza aquel tan conocido y poético discurso que comenzo con estas palabras: "Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quienes los antiguos pusieron el nombre de dorados.........."

Además aquella ocasión los cabreros no le parecieron caballeros ni encantadores, sino simplemente cabreros. Pasó la noche quieto, y al siguiente día acompañó a sus accidentales amigos a ver el entierro del pastor Crisóstomo; escuchó atento las razones de Marcela y le hizo cumplida justicia como un cuerdo inteligente y culto. Mas en este paréntesis no faltó, como no falta en los locos y sobre todo en los megalómanos, la conciencia de la profesión que ejercía, de la cual hace una síntesis muy cuerda, dando las explicaciones que se le pedían, sin sufrir ilusión a alucinación alguna respecto de los personajes con quienes se encontraba........

Parece que las enfermedades mentales son esencialmente periódicas, y en algunos casos se presentan tan marcados y alternan con tanto orden y regularidad los periódos de exaltación y de calma o depresión, que estos casos han recibido el nombre de *Locurv circular*, como si la intensidad del delirio ascendiera hasta un grado máximo para descender luego al mínimo, y volver a ascender completando el círculo (diríase mejor, circunferencia). Estos periódos no tienen plazo fijo,

pudiendo ser no sólo de días, sino de meses y aun años.

En la ciudad X. la tierra de Hilacha Ardiendo y de varios neurópatas, hubo hace años un anciano con erotomanía a quien las malas lenguas daban el apodo de "Pescado Blanco" (era rubio,) lo que lo encendía en cólera haciéndolo proferir grandes insultos y seguir amenazando con un bastón que siempre traía en la mano, a los que le gritaban el citado apodo, que generalmente eran alumnos de alguna escuela. Este anciano, sin otra enfermedad que su neurosis o su locura, pasaba meses y aun años acostado en su lecho, como por simple capricho, donde sus hijas lo atendían. Después sin motivo alguno aparente, abandonaba su voluntaria y enfermiza reclusión, para salir a la calle sin objeto alguno preciso, como no fuera el de platicar con sus amigos y conocidos sobre su futuro matrimonio con la Srita. Z. (señalaba alguna de las jóvenes de entonces). En la ceremonia nupcial lo acompañarían cincuenta padrinos, teniendo preparados para la fiesta cincuenta mil melón-zapotes (papayos) y no recuerdo cuantas vacas y carneros que le había prometido D. Fulano (alguno de los ricos más conocidos de aquella ciudad). Después de un período más o menos largo, volvía a recluírse en su recámara, y así sucesivamente.

Moreat de Tours, citado por Grasset, dice que el padre del novelista Balzac, estuvo veinte años en la cama sin motivo, después de los cuáles, también sin motivo, siguió el curso ordinario de su vida.

"La intermitencia es fenómeno habitual en las enfermedades nerviosas" dice Cullerre (pag. 318), y esa intermitencia está muy bien caracterizada en la obra de Cervantes. No tiene, en la locura de D. Quijote, los caracteres precisos de «la locura circular», pero si hay el *fenómeno habitual*; nunca el delirio abandona al enfer-

mo, ni hay depresión del ánimo; pero sí hay períodos de calma, de marea baja, diremos, y períodos de exaltación, como de mar que se hincha y embravece. El período de delirio en calma precedió a la primera salida del Ilustre Manchego. Empieza a crecer la marea en su cerebro y lo obliga a salir caballero en Rocinante, y todo es para él distinto de la realidad; las ventas castillos, las rameras princesas, los frailes encantadores, los sirvientes caballeros que lo mueven a palos, su vecino Pedro Alonso es el Duque de Mantua, y cuando el delirio alcanza su más alto grado, él mismo ya no es D. Quijote de la Mancha, sino Baldovinos o Abindarráez, y ¡aun todos los caballeros juntos!, según dice a su vecino en el colmo del coraje. En seguida empieza a bajar la marea; el delirio se calma y pasan los días en que con toda tranquilidad catequiza a Sancho hasta convencerlo. De nuevo empieza a aumentar la intensidad con la segunda salida en busca de aventuras, el que encuentras con los molinos que le parecen gigantes y con los frailes a quienes su ilusión se empeña en hacer encantadores de las princesas que iban en coche. Triunfa del vizcaino, y se calma el delirio, departiendo admirablemente con Sancho como un cuerdo de verdad. Con esa victoria se descargó su cerebro del potencial nervioso acumulado que tenía ya alta tensión, y empezó el período de calma. Se conserva el delirio en la idea principal, pero disminuyen las ilusiones, y ya no ve en todo el que encuentra a los personajes de sus leyendas, sino que los ve y los aprecia tales cuales son: a los cabreros como cabreros, a Marcela como pastora, etc. El incidente de Rocinante produce una nueva exaltación de su delirio, otra vez las ilusiones le turban la mente, y emprende nuevas aventuras de las que sale a veces vencedor, pero las más vencido, con caballeros y castellanos, gigantes y hechiceros, y princesas enamoradas que

ponen a prueba su fidelidad en castillos encantados por moros invisibles pero golpeadores.

Si en D. Quijote la enfermedad no presenta todos los caracteres de lo que los clínicos han llamado "locura circular", los presenta con toda claridad y precisión Cardenio, ese loco enamorado cuya desventura es tanta, que deben haberla traído en su cerebro sus antepasados, y en un terreno abonado por la herencia, probablemente epiléptica, la conmoción del desengaño hizo estallar la terrible vesania. La historia que de Cardenio hace el pastor refiriendo cómo la locura le llega *por tiempos*, es una bella historia clínica y ningún médico necesitaría más para hacer el diagnóstico. Ese detalle importante lo marca Cervantes, pues repite él que la locura de Cardenio le llegaba *por tiempos*, y aun se disgusta Sancho diciendo que no se le hizo esa advertencia, después que a su amo lo ha tendido en el suelo de una pedrada el infeliz enamorado. Este, según refiere el pastor, tenía sus períodos de verdadera depresión, al grado de hundirse en profunda tristeza y no sólo derramar lágrimas, sino hacerlas derramar a los que lo observan; y cuando va a estallar el acceso, se queda pensativo y silencioso, como si presintiera la tempestad, para lanzarse sobre los que le rodean. Oigamos en este punto a Cervantes: Dice el pastor refiriéndose a Cardenio:

"Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdón de los asaltos pasados, y ofreció de pedirlo de ahí adelante por amor de Dios, sin dar molestia a nadie. En cuanto lo que tocaba a la estancia de su habitacióu, dijo que no tenía otra que aquella que le ofrecía la ocasión donde le tomaba la noche; y puso término a su plática con tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchándole habíamos, si en él no le acompañáremos, considerándole como le habíamos visto la vez primera, y cual le veímos entonces: porque, como tengo dicho, era muy gentil y agraciado mancebo, y en sus corteses y concertadas razones

mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona. Que puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentiliza era tanta, que bastaba darse a conocer a la misma rusticidad; y estando en lo mejor de su plática, *paró y enmudecióse, clavó los ojos en el suelo por un espacio*, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos esperando en qué había de parar aquel embelesamiento, con no poca lástima de verlo; porque por lo que hacía de abrir los ojos, estar fijo mirando el suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmante conocimos que algún incidente de locura le había venido. Mas él nos dió a entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo donde se había echado, y arremetió con el primero que halló junto a sí, con tal denuedo y rabia..........."

Cuando Cardenio está refiriendo su historia a D. Quijote, la suspende interrumpido por éste, y, en tanto que D. Quijote habla, "se le había caído a Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo; y puesto que dos veces le dijo D. Quijote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza ni respondía palabra, pero al cabo de un buen espacio dijo: No se me puede "............." y estalló su cólera en insultos contra la reina Madásima, lo cual provocó la cólera de D. Quijote. ¡Qué bien marcó Cervantes los accesos y sus fenómenos precedentes! Parece que Cervantes se documentó perfectamente y no sólo, sino que debe haber observado algunos casos prácticos, pues ya en alguna otra de sus obras se refiere a la locura con la misma maestría.

Pero volvamos al pastor, quien refiere que Cardenio, después de su acceso furioso en que increpaba a Fernando y arremetía contra todos los presentes, se internó corriendo en la sierra, y luego agrega: "por esto conjeturamos que la locura le *venía a tiempos*, y que alguno que se llamaba Fernando le debía de haber hecho alguna mala obra, tan pesada, cuanto lo mostraba el

término a que lo había conducido. Todo lo cual se ha confirmado después acá con las veces, que han sido muchas, que ha salido al camino, unas a pedir a los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras a quitárselo por fuerza; porque cuando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma a puñadas; y cuando está en su cese lo pide por amor de Dios cortés y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas....... "

Se ve, pues, con cuanto tino y exactitud describe Cervantes la periodicidad de las enfermedades nerviosas, periodicidad que ha hecho comparar al cerebro, o mejor dicho, al sistema nervioso, con ese aparato de Física llamado «Botella de Leyden», en la que se puede acumular gran cantidad de electricidad, para hacerse estallar en chispas en un momento dado. El tipo más claro y conocido que se puede poner de ejemplo, es la epilepsia, cuyas variedades distintas y atenuadas explican muchos delitos y crímenes para los criminalistas modernos; mas no nos meteremos en las escabrosidades del crimen. Otro ejemplo menos conocido, pero de concepto clínico más exacto por lo que ve a la comparación con la Botella de Leyden, lo tenemos en los ataques de histeria, en los que realmente estalla el potencial nervioso contenido a alta tensión. En la epilepsia hay una lesión material del cerebro; en la histeria un trastorno funcional. Pero locura o neurosis, siempre tenemos la periodicidad, regular o no, como fenómeno habitual, aunque no en todos los casos marcado con igual regularidad y claridad.

Si del terreno de la Potalogía propiamente dicha, pasamos a la Psicología Potalógica, encontramos el mismo fenómeno. Digo Psicología Patológica, porque para muchos, (para mí también) algunos fenómenos mentales,

aunque vulgares y generales, deben colocarse entre las neurosis, como que son exageraciones de un proceso normal, V: G: el misticismo, el fanatismo. Los mí ticos tienen su período de quietud en que se entregan a la oración y meditación, y su período de actividad en que fundan conventos, levantan iglesias, pagodas o mezquitas, y agitan multitudes lanzándolas a la destrucción y a la guerra. Dice Murisier:

"En todas las épocas de la historia encuéntranse en los contemplativos esas alternativas de recogimiento y de actividad, de meditación y de propaganda. Después de sus primeras visiones, Catalina de Siena toma la resolución de vivir en el fondo de una gruta, en el desierto; un poco más tarde, hace voto de consagrarse a la conversión de los pecadores y de los incrédulos, de aportar algún remedio a los escándalos políticos y eclesiásticos. Pero esa renuncia a la identificación de su alma con Dios y Jesucristo, es tan poco definitiva, que acaba al fin por ostentar en manos y pies las llagas del Crucificado. De modo análogo, San Francisco de Asis hace tan pronto la vida del anacoreta como la vida apostólica. Cuando había consagrado cierto tiempo al servicio de las almas, se retiraba a un lugar apartado, a fin, dice uno de sus biógrafos, de purificar la suya y limpiarla del polvo que a ella se había adherido por el trato de los hombres. Esos casos son, sin disputa, los más frecuentes........."

La intermitencia es la ley de la Naturaleza. Intermitente es la luz de las estrellas que en bóveda azul del firmamento parpadean en las noches estivales; intermitente la iluminación de la tierra, sucediéndose al esplendor del día las sombras de la noche; intermitente el oleaje de los mares, lo mismo que el flujo y reflujo de sus periódicas mareas; intermitente es nuestra propia vida con sus períodos de sueño y de vigilia; a sorbos percibe nuestro olfato el perfume de las flores; para nuestro oído solamente forman acordes musicales y agradables armonías las ondas sonoras producidas con

intermitencias, y aun en el mismo corazón tiene constantemente sus pequeños períodos de contracción y descanso, y en nuestro propio espíritu también, como el oleaje de los mares y todas las palpitaciones de la Naturaleza, se suceden sin descanso el amor y el ódio, el entusiasmo y el desaliento, el desengaño y la esperanza.

XII

Considerando al héroe de la novela inmortal que estudio, lo he tenido oscilando entre la Patología y la Psicología, como que, en efecto, es un término medio entre la locura y la grandeza. Es un *loco lúcido*, según la Clínica antigua; tiene *locura razonadora*, según la expresión que también se aplica a casos como éste, y sería para Corday, Grasset o Lacasagne, un semi-loco. Pero Grasset llama así aun a los personajes más grandes de la Historia, demostrando contra sí mismo la opinión que pretende refutar de que las diferencias en la locura no son de naturaleza sino de grado, como lo sostengo yo. Supóngase ahora que D. Quijote vive con su enfermedad tal cual la describe Cervantes, pero supóngasele en otro medio, sin el invento de la pólvora, con más vigor en el cuerpo y con todos los recursos necesarios para la realización de sus soñadas hazañas, ¿no hubiera sido uno de los grandes de la Historia? Substitúyase en su neurosis la idea de las caballerías por una idea religiosa, ¿no hubiera sido un santo?

Es un hecho bastante conocido y que he procurado demostrar en el curso de este trabajo, que todos los que por cualquier motivo han figurado en la Historia y han influido en su desarrollo, han sido neurópatas.

El éxito es quien da a la locura su verdadero carácter. Políticos y guerreros, místicos y filósofos, sabios y artistas, deben su renombre, más que a la enfermedad del genio que padecieron, al éxito que alcanzaron. En mi concepto, D. Quijote sólo por dos rasgos aparece loco, uno personal, y otro del medio en que se desarrolla su acción. El rasgo personal que hace juzgarlo clínicamente loco y es una de las causas de sus fracasos, es la *frecuencia de las ilusiones*. Quitándose esta frecuencia, es comparable a tantos otros caballeros andantes de quimeras imposibles, pero que andando en pos de éstas, han realizado hechos memorables y hazañas dignas de gloria y de renombre. Mas D. Quijote a cada paso confunde las ventas con castillos, los yangüeses con caballeros, los venteros con castellanos y las meretrices con doncellas y las aldeanas con princesas, y toma manadas de borregos por ejércitos de combatientes y molinos de viento por gigantes. En esta constante equivocación está el secreto personal de su fracaso; esa *frecuencia de la ilusión* es el síntoma patológico más importante de su locura.

La influencia del medio también lo hace fracasar, sólo por haber vivido después que se hizo el maldito invento de la pólvora que echó al dominio de las cosas idas para no volver, la brillante caballería de los pasados siglos. Estaba, pues, D. Quijote, fuera de su medio. Las ilusiones tan constantemente repetidas que lo equivocan a cada paso y no le permiten tener éxito en sus empresas, unidas a sus ideas de grandeza y a su profundo y espíritual amor, le asignan ún puesto de honor entre los locos, ante la Clínica contemporánea, clasificándolo entre los que padecen megalomanía razonadora y erotomanía.

XIII

Las extravagancias y penitencias que cumplía en Sierra Morena D. Quijote, nada tienen de particular, ni consideradas en sí, ni con relación al objeto con que se ejecutaban. Lo primero lo han realizado los hombres célebres lo mismo que los ignorados, y los inteligentes como los tontos.

Las extravagancias, es decir, esas ideas, acciones o sentimientos que no guardan concomitancia, relación o armonía con las ideas dominantes en el delirio o en el carácter personal, son debidas a claros que deja la neurosis en la mentalidad del indivíduo. En Guadalajara, el célebre Marqués de Cuquío, en penitencia o por despecho de su desventurado amor hacia una conocida Srita., del que hacía público alarde, era el hazmereír de todo el mundo por las extravagancias que cometía. El no se desvestía como D. Quijote, pero sí se vestía de modo ridículo. Recuerdo haberlo visto con chistera, levita cruzada, bastón y bota fuerte, paseándose en la Plaza de Armas. Pasaba los días enteros sentado en una banqueta frente a la casa de la señorita amada, y arrojaba dinero al paso de los traunsentes para demostrar su riqueza, etc. etc. Balzac quiso un día salir a la calle con una bata de casa y una linterna en la mano para llamar la atención; Cujas escribía tendido

boca abajo sobre un tapiz; Bossuet en una habitación fría y con la cabeza envuelta en trapos calientes. Bourdaloue tocaba un trozo de música en su violín antes de escribir sus sermones; Schiller meditaba aspirando el olor de manzanas en fermentación que expresamente se ponían sobre su mesa, y teniendo los pies puestos en hielo. Baudelaire se teñía los cabellos de verde.

Cullere dice en la página 130 de la obra citada:

"¿Quien no ha oído hablar, decía en 1867 Monsieur Billod, en la Sociedad Médico-Psicológica, de ese Diógenes de elevada estirpe, cuyas excentricidades han resonado hace poco en todo París, que desplegaba cincuenta paños de afeitar para una sola barba, que se refrescaba en verano poniendo hielo en sus botas, que hacía poner un cubierto para su perro en los restaurantes donde comía, que obligaba a veces a que le siguieran todos los carruajes del boulevard, que no utilizaba su paraguas sino cuando hacía buen tiempo y lo entregaba a su criado cuando llovía?

Una de esas excentricidades dió ocasión a que el público del Teatro Francés expiara el hecho de haber acogido mal ocho días antes una crítica hecha por él en alta voz durante un entreacto de la obra que se representaba. Quisiera yo, decía,que el autor de esta comedia tuviera 25.000 libras de renta, porque si las tuviera, añadió, es probable que no escribiera más comedias.

La venganza consistió en tomar por su cuenta todos los coches de las paradas próximas al Teatro Francés un día de lluvia terrible, ¡diez minutos antes de acabarse la representación, impidiendo así que el público pudiera servirse de ningún vehículo!

Era imposible evitar la admiración cuando se veía coexistir en él el espíritu más agudo y más cultivado, con estas aberraciones increibles".

Por lo que ve a las extravagancias de D. Quijote, tomándolas como él lo hacía, como imitación de sus modelos, su verosimilitud aumenta, pues es cosa corriente entre todos los religiosos el pretender imitar en todo el personaje que ellos mismos se han puesto por modelo, y los títulos de muchos libros místicos son

prueba evidente de ello: Imitación de Cristo, Imitación de María, Imitación de José, etc.... ...Ya he dicho en otro lugar que D. Quijote fué un místico de la caballería; el proceso psicológico es idéntico en uno y otro caso; lo distinto es la idea capital en quien se concentran las aspiraciones. Además, las leyes de la imitación son más generales de lo que a primera vista aparecen, y muy notables en lo relativo a imitar las penitencias.

XIV

Tendencia natural del hombre ha sido siempre el querer resolver los problemas de la vida, personales y generales, ayudado de la influencia de seres fantásticos o desconocidos que, obrando de modo distinto al empleado por las causas naturales, favorezcan sus empresas o le descorran el velo del porvenir.

Saul llama en su auxilio a la Pitonisa de Endor para que haga venir la sombra de Samuel a decirle los futuros destinos de su persona y de su reino; Temístocles consultó el Oráculo de Delfos antes de dar la famosa batalla naval de Salamina; el pueblo romano creía en los augurios; durante toda la Edad Media los astrólogos y alquimistas consultaron interrogándoles por el destino del hombre, y pretendieron encontrar el Bálsamo de Fierabrás o Panacea Universal para obtener la curación segura y pronta de todas las enfermedades; la hechicería estuvo en su apogeo, y el Diablo ayudaba al hombre hasta en sus enamoramientos y pendencias, como lo prueba la leyenda alemana en que Goethe fundó su admirable poema. Aun en la época moderna, Napoleón, ya citado en otro lugar, creía en los adivinos y hechiceros. Nosotros mismos, en pleno siglo XX, cuando rachas de ateísmo y materialismo han soplado sobre todas las inteligencias, y furiosos impulsos de impiedad

han convertido en ruinas los templos y los santuarios, o los han destinado a cuarteles y oficinas públicas, y cuando la Ciencia que todo lo analiza ha pretendido medir el pensamiento y penetrar por medio del microscopio hasta el centro misterioso de la neurona donde se forma y crece la idea, ¿no vemos nacer, crecer y prosperar sociedades de espiritistas entre gente ilustrada y culta?

Hay, pues, en el cerebro humano un centro para lo fantástico y maravilloso que, como todos los centros nerviosos, puede excitarse, enfermarse y hacernos ver fantasmas encantados por todos lados, aun cuando por otra parte los demás centros estén funcionando normalmente. En esto, como en todo, el fenómeno patológico corresponde a uno normal. Cervantes sigue cumpliendo con esta ley, y, por tanto, el protagonista de su novela pudo ser un loco de verdad, como tantos otros que lo son y que a veces no lo parecen.

XV

"El amor platónico llevado hasta el delirio caracteriza el estado mental de los *erotómanos*- Son estáticos de ún género especial, y ocupan legítimamente un lugar en este capítulo, pues el misticismo religioso y la *erotomanía*, como lo prueba con exceso la historia de las religiones, han hecho siempre buena pareja. Es tan natural este maridaje, que según Esquirol "la erotomanía es una afección mental en que las ideas amorosas son fijas, dominantes, como las ideas religiosas son fijas y dominantes en la teomanía o en la lipemanía religiosa".

La erotomanía debe ser distinguida cuidadosamente de las perturbaciones mentales ligadas a una perturbación fundamental de los órganss sexuales. El culto del erotómano es puro, exento de toda mira carnal; se dirige a un sér imaginario o a personas que por razón de su rango, de su fortuna o de su posición social, no podrían aceptarlo. Esta perturbación es más común en la mujer que en el hombre, o por lo menos conduce con más frecuencia en ella a la locura confirmada. Preséntase en todas las edades de la vida, pero mucho más a menudo en la juventud y aun en la infancia..............................

....

....

La Sra. C... ha consagrado a otro el efecto que debía a su marido; ama a un tal M. P. que acaba de contraer matrimonio. Le dicen que no le es lícito poner en él sus esperanzas y su adhesión, pero no cree nada de lo que le dicen. "La engañan, no es posible que un hombre como él se haya casado. Con semejante amor en el alma nadie se une ni puede unirse sino con la

persona amada. Nadie se arranca voluntariamente, dice, un pedazo de su corazón, como no se cortaría voluntariamente el brazo.—¿Sabe Ud. que está casado y que no se puede casar otra vez?—Nuestro amor está por encima del matrimonio; *por él* he abandonado a mi marido; pertenezco a él y seré siempre suya."

Escribe a M. P.... tantas cartas como pliegos de papel puede procurarse. No ha recibido instrucción, es una pobre obrera, su letra es muy mala, su ortografía detestable, y sin embargo, aparte la diferencia de mérito literario, sus cartas son tan ardientes y apasionadas como las de Eloisa.. ....(Cullerre.—Las Fronteras de la Locura.)

El amor de D. Quijote es el amor-neurosis. No es la pasión que tiene como fín último y capital la generación; sino que es la pasión amorosa convertida en culto, cuyo Dios es la mujer. La mujer cuya idea crece y se agiganta en la conciencia, la invade por completo y se separa de la materia tomando formas inefables, ese amor neurósico, amor platónico o caballerezco, constituye la erotomanía. Al formar en la conciencia del enamorado, su templo la mujer, ésta queda convertida en un dios para quien es poco todo homenaje, porque ni su hermosura ni su belleza serán superadas. Como que es el ideal lo que se adora, el ideal personal cuyos rasgos generales se han encontrado en alguna mujer. Nunca la realidad corresponderá al ideal, pero quien ha encontrado por el camino de la vida una mujer que sea siquiera la "semi-encarnación" de su ideal, suple con la propia imaginación las cualidades que a aquella le faltan. De ahí el refrán: "el que feo ama, hermoso le parece." En efecto, aunque no lo digan, de seguro que los que aman no creen feo el objeto de su amor. Y esta suposición llega a certeza si observamos lo que dicen los poetas, esos divinos neurópatas, más sensibles que la generalidad, que todo lo dicen y en frases rimadas cuentan al mundo entero todo lo que sueñan y lo que sienten y nos hacen confidentes de sus amores y sus odios,

sus gozos y sus dolores. Ellos nos dicen a cada momento lo que pasa en el espíritu cuando la pasión amorosa, de sensual y material, se hace lentamente inmaterial y arrastra al alma hasta postrarse de rodillas a los piés de la mujer amada, ante su retrato o ante alguno de sus recuerdos, como el rizo arrancado a su descuido en la última entrevista, los secos pétalos de flores marchitas cuyo escaso perfume parece conservar aun el contacto de sus manas, y que se veneran como reliquias santas con piadoso y no explicable cariño. Nunca un poeta ha confesado tener una novia fea, y ya bien fuera coja y desdentada y tuerta, no faltarían recursos a la poesía para cubrir esos defectos, con tal que otros rasgos la hicieran semejante al ideal que vive y alienta en la mente del poeta. Por eso es que todos describen a sus amadas hermosísimas, como que al escribir piensan en la imagen que llevan en su propia fantasía. Que la pasión crezca más y más y trastorne el sentido y la razón, y aquella imagen se convierte en verdadero objeto de culto y el amor en verdadera religión, y en cualquier trance de la vida se invocará el nombre de la amada, como el creyente invoca el de su dios o santo de su devoción, como D. Quijote invoca el nombre de su muy amada Doña Dulcinea del Toboso, y la que para el mundo es Aldonza Lorenzo, para Sancho una simple labradora que arroja maíz a las gallinas de su corral, para el caballero de la Triste Figura es la más elevada princesa que riega perlas por el suelo.

Este amor es desinteresado en absoluto; es el amor al ideal, y tan verdad es esto, que si la persona en que ese ideal encarnó o nos pareció encarnar, ejecuta actos indignos de la mujer de nuestro ensueño, o hay un Sancho que nos demuestre que la princesa de nuestros cariños es Aldonza Lorenzo, seguiremos amando al ideal y nos separamos de la realidad; convenimos

tácitamente en habernos equivocado, pero nunca, nunca en que el ideal descienda o se menoscabe.

Petrarca estaba ardientemente enamorado de una mujer que no podía corresponderle, ni él lo pretendía; pero como oraciones de su culto devoto y reverente, surgieron de su inspiración los famosísimos sonetos a Laura, que le han dado justísimo renombre. Laura era el nombre del ideal encarnado en una hermosa y noble dama italiana casada y honorable.

Se dice que Jorge Isaacs, el famoso autor de "María," refiere en esta sentimental novela su propia historia; pero que cuando Efraim vuelve a la casa de sus padres, encontró a María, el personaje real, casada con otro. Para él, en el fracaso de todas sus más queridas ilusiones y en el desgarramiento cruel de sus esperanzas, quien ha faltado, es la mujer en quien creyó ver la encarnación del ideal; fué una ilusión enfermiza la que lo hizo equivocarse y tomar una persona por otra; el ideal ha muerto, pero ha muerto inmaculado y puro, y por eso sigue Efraim amando su recuerdo, el recuerdo del imposible....................

Beatriz tuvo el cuerpo que soñaba el Dante, aunque no tuvo el alma, que no comprendió al poeta, ni éste se empeñó en ello, pues apenas la vió, intentó hablarla, y tan alta la vió a través de su neurosis, que desistió. Ella se casó con un oficial. ¡Qué importa! El ideal tomó su nombre y bajo esta advocación recibió el más rendido culto. La idea de Beatriz se agigantó en la imaginación del insigne vate, no de la Beatriz casada a quien nunca trató personalmente, sino de la Beatriz soñada, la que lo llevó de la mano por los círculos misteriosos de la gloria en su Divina Comedia.

Ese amor no es interesado, ni material, ni vulgar; es el culto supremo a la mujer despojada de las apariencias de Aldonza Lorenzo, y adornada con lo que

nuestro espíritual anhelo, ese Quijote que todos llevamos dentro del alma, ha soñado constantemente en su sin par y siempre bien amada Dulcinea.

***

Si la verdad es la cualidad esencial en la novela para hacerla perdurar, es la gran fuerza de verdad humana la que hará del Quijote el libro más grande y más inspirado de los que se han escrito y puedan escribirse en el lenguaje de los hombres.

En el curso de los tiempos todo nace, crece y muere. Las grandes obras tienen su apogeo de gloria y admiración; pero despues, aun cuando nunca se llegue a negar su mérito, decae el entusiasmo del principio, y el olvido empolva los oros de su primitiva grandeza.

Así es la humanidad: hoy arroja al abismo hecho pedazos y a veces cubierto de aprobio el ídolo que forjó ayer y adoró con la efusión más grande de su alma y en medio de las explosiones mayores del fanatismo.

La admiración por la obra de Cervantes ha ido creciendo cada día más y más y no parece extingirse nunca, antes bien es semejante a los grandes ríos que, cuanto más lejos de su nacimiento, mayor es su caudal.

No hay, ni ha habido, ni habrá sér humano de buen sentido que no haya admirado a D. Quijote. Si hubo quien lo censurara, es que toda grandeza ha despertado envidias.

Todos lo han estudiado, y la mayoría lo han hecho con respeto y admiración profunda y han encontrado en él tesoros de verdad y de belleza. Los hombres de ciencias y letras han encontrado mucho simbolismo en el Ilustre Loco, aun cuando otras hayan sido las

intenciones de Cervantes, pues escribió de modo tan maravilloso, que la incomparable narración se presta a todas las interpretaciones; parece ser el conjunto de todas las verdades sociológicas y de todas las obsesiones.

Los médicos, como queda dicho al principio de este trabajo, han estudiado el Quijote bajo el punto de vista patológico y, según Esquirol, el gran alienista, Pí y Molist, Rodríguez Morini y otros, también la medicina mental ha inclinado la frente ante el insigne narrador de las hazañas del heroe manchego, y lo considera como una de sus eminencias, como el que mejor ha descrito el tipo más completo de la locura vesánica. Entre esta clase de locura y la cordura, para mí, como habrá podido verse, no existe diferencia esencial.

Los sentimientos y las ideas profesadas por las diversas colectividades humanas en distintas épocas y lugares, se suceden como las ondas del Océano: pasó el tiempo del patriotismo de Esparta; pasó el anhelo por el circo romano; pasó la fe de la Edad Media, pasó la afición a la caballerías, etc. etc.

De la idea de patria de los espartanos a la que de la misma se tiene ahora hay gran diferencia, y ¿quien puede asegurar que no llegará el día en que perdida esa idea se juzguen locuras lo que hoy es patriotismo, virtud cívica, heroísmo....................

Las ideas y las costumbres, las leyes y las instituciones, los sentimientos y los ideales, todo cambia, todo se transforma y parece estar a merced de los tiempos y de los lugares, de los climas y de los temperamentos individuales. El honor, la justicia, el crímen........ todo, en la Historia, ha presentado plícromos cambiantes, como burbuja de jabón. El duelo fué un derecho, un timbre de honor; el hombre que insultaba a otro estaba en peligro de verse frente a la punta de una es-

pada que castigara su falta; hoy la justicia se administra por instituciones llamadas tribunales que a veces desempeñan el papel de mercados, donde el insolente compra el derecho de cometer delitos, ya sea directamente y al precio variable llamado *multa*, ya por medio de otras personas que se dicen defensores. La poligamia es un delito en unas naciones, y en otras una bendición. Como un gran criminal fué juzgado, sentenciado a muerte y ejecutado el hombre más inocente que ha conocido la humanidad, el Mártir sublime del Calvario, que arrebatado por el vértigo luminoso de su excelsa neurosis, predicó la moral más santa y la más dulce y consoladara religión; después, ante el símbolo doloroso de aquel martirio, infamante entonces, más de diez y nueve siglos se han postrado de rodillas.......

....

....

La locura de D. Quijote es locura, porque él no existió en el tiempo oportuno. Cuando la caballería estuvo en su apogeo, D. Quijote hubiera sido el más acabado modelo de los caballeros. En aquella edad el ilustre manchego hubiera sido el "non plus ultra" de la virtud, del heroísmo y de la galantería. Después, no fué sino un loco ridículo. Así es nuestra vida, lo que no está en la actualidad, está fuera de lo normal, y lo que está fuera de lo normal es demencia. El que vive como vivían los de épocas lejanas, o tienen costumbres desusadas en su país, aun cuando actualmente existan en otros países, es excéntrico, extravagante, maniaco, loco, según sea la diferencia que haya entre su modo de vivir y la vida social que le rodea. Cuando sus extravagancias, excentricidades, o llámense como quiera, son pequeñas o tiene buen cuidado de ocultarlas a los demás, entonces pasa por hombre cuerdo. Pero no existe sér humano que, aunque muy pequeñas, no ten-

ga sus manías extravagantes y hasta ridículas. Por eso D. Quijote será siempre el mejor libro que se haya escrito en lengua humana. No sólo representa el alma humana soñando idealidades y viviendo realidades, no sólo la representa en la lucha constante que dentro de ella misma libran los buenos y los malos sentimientos, representa mucho más. Lo primero sería una representación muy general, sería el símbolo de la humanidad en conjunto, y el Caballero de la Triste Figura necesita de su Escudero para ser completo en el simbolismo. Mas sin necesitar de escudero, el solo paladín representa a todos y a cada uno de los seres humanos. En el primer caso el simbolismo se aplica a el alma humana en general, que por su misma naturaleza presenta una misteriosa dualidad, dualidad en que se apoya la historia o leyenda del pecado original. En el segundo, representa a cualquier hombre; hasta el sér más depravado está representado en ese caballero, no ciertamente por su amor, lealtad y heroísmo, sino por su locura. Sancho Panza no es más que D. Quijote al revés. Este sueña en la gloria, aquel en satisfacer su vientre; éste piensa sólo en las batallas y en los sacrificios, aquel sólo en descansar; D. Quijote ambiciona ir a postrarse a los pies de su Sra. Dulcinea, y Sancho Panza gobernar su ínsula; los dos están locos, aunque con diversas y diferentes manías. Y así todos los hombres: uno sueña en ser gobernador de su Estado, como Sancho de su ínsula, como D. Quijote ser caballero andante. Este ambiciona ser fraile, aquel militar, el otro en ser millonario, como D. Quijote desfacedor de entuertos y defensor de viudas;los sabios aman la ciencia, como los artistas la belleza, como D. Quijote la justicia. Los mismos criminales, obsesionados por la maldad, sugestionados por la depravación, no son sino Quijotes de la perversidad, que deliran por el robo, el suicidio o el

asesinato, como D. Quijote por vencer gigantes. Los enamorados en los momentos de pasión adoran al objeto de su amor como Santa Teresa a Jesucristo, como Abelardo a Eloisa, como Romeo a Julieta, como Pablo a Virginia, como D. Quijote a Dulcinea. "Todos tienen su lado flaco" dice el refrán, y dice una gran verdad. ¿Quien no tiene en sus ideas y sentimientos algo que él mismo juzgue extravagante, y por lo mismo, quien no se felicite de que nadie pueda ver el pensamieto de los demás, de poderse ocultar a las miradas de todos? Los mismos genios han tenido mucho de la locura de D. Quijote. Han sido los grandes locos; pero su locura, en vez de causar perjuicios que ameritaran su entrada a un manicomio, han tenido efectos que han beneficiado a la humanidad, por eso se les llama genios, de lo contrario, locos. Ya lo ha dicho un ilustre bardo: «El genio, la locura, ¿quien decide tan difícil cuestión.....................?» Sólo el éxito.

Con mucha razón dijo Montalvo: "El que no tiene algo de D. Quijote, no merece el aprecio ni el cariño de sus semejantes" y, en efecto, nadie puede sostener que no tiene algo del Ilustre Manchego.

Para mí, «D. Quijote» es un tratado completo de la Psicología del pasado, de la Psicología del presente y de la Psicología del porvenir.

